

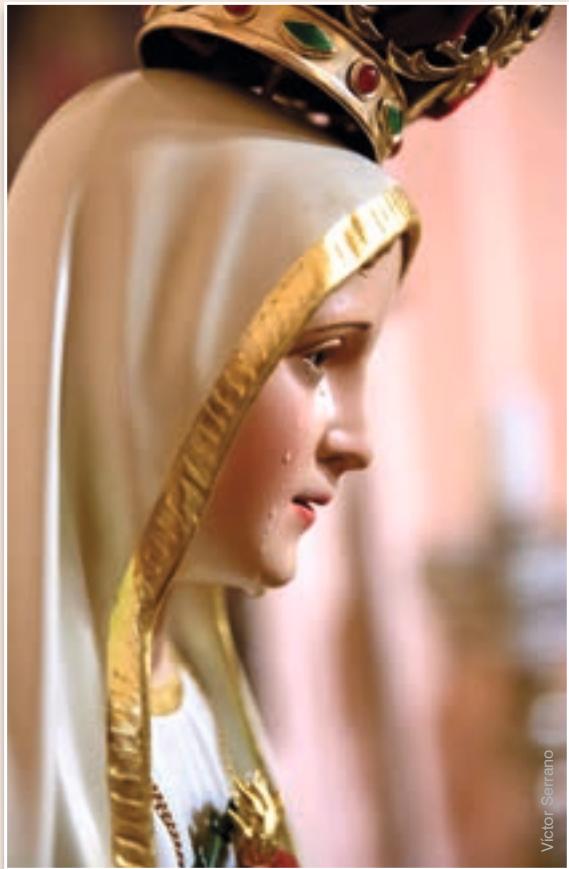


Número 214
Mayo 2021

HISTÓRIOS DEL GELIO



*Madre, Corredentora
y Medianera*



¿Me habrá mirado Ella en vano?

En el mundo de hoy, María Santísima se nos presenta como una reina sentada en su trono, colocado en un salón repleto de enemigos que la quieren destrozar. Ya derribaron su dosel, le quitaron de su venerada frente la corona de gloria a la que tiene derecho y le arrancaron de sus manos el cetro.

Sin embargo, ante la reina, que no hace otra cosa que llorar, también se encuentra un puñado de súbditos fieles, a quienes continuamente dirige una mirada suplicante, inundada de dolor y aflicción.

A la vista de este conmovedor llamado, ¿cuál debería ser el pensamiento de cada uno de los vasallos fieles presentes en el salón real?

«Mi soberana será arrancada de su trono. Y yo soy aquel a quien está dirigiendo su mirada, rogándome que le auxilie a fin de evitar el postre lance del destronamiento. ¿Seré yo alguien a quien ha mirado en vano? ¡No! Esa mirada tiene que producir en mí el mismo efecto que la mirada de Jesús obró en San Pedro. Es decir, la mirada que la reina ha puesto en mí en un auge de angustia, debe ser correspondida por mi parte con un auge de donación».

A ese auge de donación cabrá, a su vez, un apogeo de recompensa: en el Cielo para siempre jamás, la mirada de la Reina —ya no suplicante, sino rebosante de amor, bondad y cariño materno— estará dirigida hacia aquel que la socorrió en esta tierra.

Pienso que el epitafio de cada uno de los que respondieron al llamado de la Reina debería rezar: «Aquí yace alguien a quien Nuestra Señora miró en el momento del abandono completo, en la hora de la aflicción, cuando casi nadie estaba a su lado, y que contestó con un Sí a ese llamamiento».

Plínio Corrêa de Oliveira

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XIX, número 214, Mayo 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	4		<i>San Bernardino de Siena – Voz para un mundo en declive</i> 30
<i>¿Solamente Corredentora? (Editorial)</i>	5		<i>Guerra de exterminio entre ángeles y demonios</i> 34
 <i>La voz de los Papas – La victoria final siempre es de la fe</i>	6		<i>Santa Lidia de Tiatira – Modestia y generosidad</i> 38
 <i>Comentario al Evangelio – La mejor manera de permanecer en Jesús</i>	8		<i>Heraldos en el mundo</i> 42
 <i>La Madre Corredentora</i>	14		<i>Sucedió en la Iglesia y en el mundo</i> 44
 <i>La virtud de la sagacidad – «Su unción os enseña acerca de todas las cosas»</i>	20		<i>Historia para niños... – ¿De quién es la culpa?!</i> 46
 <i>El Dios de las venganzas se está acercando y vencerá</i>	24		<i>Los santos de cada día</i> 48
 <i>Un mensaje profético</i>	28		<i>Flor predilecta de Dios</i> 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

ENFOQUE CLARO Y EDUCATIVO

Conozco la revista *Heraldos del Evangelio* desde hace más de diez años y siempre he considerado que su enfoque es muy claro y educativo para entender las cuestiones más profundas de la fe católica. Por medio de la revista he podido ahondar en la doctrina de la Iglesia y perfeccionar mi conocimiento con respecto a la vida de los santos, que es la sección que más me gusta.

Carlos Poveda
Bogotá - Colombia

DAR TESTIMONIO DE NUESTRA FE

Al leer el artículo *¡Muerte al Nazareno!*, de la pasada edición de marzo, me ha venido al pensamiento cómo las personas somos fáciles de manipular, dejándonos llevar, a veces, por las emociones o circunstancias del momento; y máxime si se está en grupo.

Si al Señor, con cuatro días de diferencia, pasaron de alabarla a crucificarla, ¿qué tendremos que seguir viendo en la actualidad, donde reina el relativismo, el pecado y el caos? Ante tantas ofensas, sacrilegios y profanaciones, los católicos debemos dejar el miedo a un lado y, además de rezar y reparar, dar testimonio de nuestra fe. ¡No podemos volver a crucificar a Cristo con nuestro silencio y complacida!

Carmen Pardo
Madrid - España

UNA PEQUEÑA CORRECCIÓN...

Permitanme una corrección en el espléndido artículo de Ney Henrique Meireles, del pasado mes de abril: *«Dame también el coraje, la fuerza y la fe»*. En él aparecen dos fotografías supuestamente de André Zirnheld, el autor de la *Oración del paracaidista*. La primera de ellas, en blanco y

negro, sí que es realmente él, cuando era profesor de Filosofía, antes de entrar en el Ejército. Sin embargo, la otra foto, en color, que lamentablemente circula por internet como si se tratara de Zirnheld, representa a otro paracaidista francés: el cabo primero Jean Paul Hamel, quien luchó posteriormente en Vietnam.

Son esas cosas de la «globalización», que termina por difundir malentendidos. De cualquier manera, una vez más, enhorabuena al Sr. Meireles por su artículo!

José Manuel Jiménez Alexandre
Vía revistacatólica.com.br

MODELO DE CONFIANZA Y CATOLICIDAD

Sigo asiduamente los artículos publicados en la revista *Heraldos del Evangelio*. Sus contenidos hermosos nos enriquecen en conocimientos que elevan el alma y fortalecen, cada día más, nuestra espiritualidad. Sobre todo, el artículo referente a Dña. Lucilia, que nos inspira un modelo ideal católico de cómo ser esposa y madre, en una época tan caótica como la que vivimos.

La serenidad, la perseverancia, la confianza y la fe son virtudes ejercitadas y puestas en práctica diariamente, gracias a la inspiración de esos artículos maravillosos. Muy agradecida por la contribución que ejercen en la formación católica de mi familia.

Jocimara Aparecida Pontes Ferreira
Mogi das Cruzes - Brasil

AUMENTANDO NUESTRO AMOR POR LA SANTA IGLESIA

Les felicito por los asuntos y materias que aborda su revista. Siempre enseñándonos y profundizando en los misterios de nuestra fe católica; y aumentando nuestro amor por la Santa Iglesia. Recordándonos constantemente que sólo podemos amar aquello que conocemos.

Carlos Campanella
São Caetano do Sul - Brasil

SUFIR CON CRISTO DA ALEGRÍA A NUESTRAS ALMAS

Saludos, estimados colaboradores de esta magnífica revista. Me llamó la atención el artículo sobre el sufrimiento, de la edición del pasado mes de marzo: *«Cómo escalar la montaña más gloriosa»*? En estos tiempos todos queremos vivir sin dolor. La medicina científica lo cura todo, dicen. ¿Por qué sufrir? ¿Para qué? Debemos aprender de los cristianos de ayer y de hoy: ellos entendían que sufrir con Cristo da alegría y purificación a nuestras almas.

Nicolás Benítez Valencia
Las Palmas de Gran Canaria - España

ESTAMPAS DE DÑA. LUCILIA

Paz y bien. Les escribo desde Malta. He leído mucho sobre Dña. Lucilia en su revista y me gustaría saber si tienen estampas suyas, con la oración pidiendo su glorificación. Agradezco de antemano cualquier ayuda posible en ese sentido. Saludos cordiales.

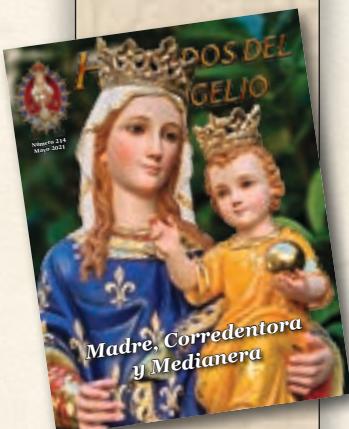
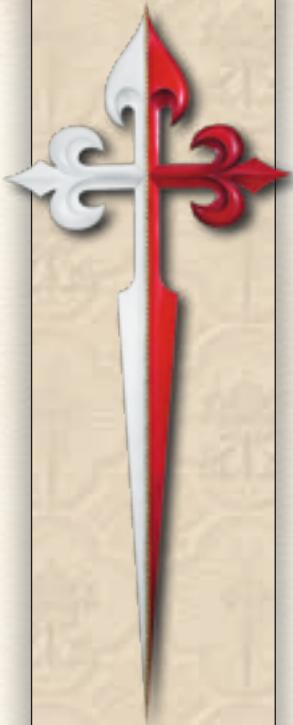
Dennis Mifsud - Gran prior de la
Cofradía de los Caballeros de
San Pedro y San Pablo - Gozo - Malta

SOCORRO MATERNO Y PROVIDENCIAL

Estimado equipo de redacción de la revista *Heraldos del Evangelio*, quien os escribe es una lectora vuestra y, a su manera, una colaboradora de la asociación. Leo vuestra publicación y encuentro muy interesantes sus artículos; pero la página en la que me detuve fue la dedicada a Dña. Lucilia y sus providenciales y maternos socorros.

Enseguida me puse a investigar en internet con el fin de conocer algo más sobre la vida de esta amable señora (por cierto, muy parecida con mi abuela María) y no hay artículo que no contenga palabras dulces y delicadas sobre su vida y la obra de esta mujer, tanto como para empujarme a invocarla en los momentos más difíciles de mi vida!

Daniela Martucci
Sant'Andrea del Garigliano - Italia



**Maria Auxiliadora -
Casa de formación
Thabor, Caieiras
(Brasil)**

Foto: Paulo Alberth

¿SOLAMENTE CORREDENTORA?

El pecado de nuestros primeros padres significó para la naturaleza humana una auténtica tragedia, cuyas nefastas consecuencias se transmitieron a la posteridad de Adán a través de Eva, «la madre de todos los que viven» (Gén 3, 20). En contrapartida, el Señor le recriminó a la serpiente tentadora: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará» (Gén 3, 15). Fue necesario esperar algunos milenios para que, como una especie de réplica, la Providencia mandara a esa nueva Eva —identificada por la Tradición con la Santísima Virgen—, que repara la culpa de la antigua y aplasta al demonio.

San Agustín se pregunta por qué Dios aguardó tanto tiempo para rescatar al género humano y responde que, por ser algo que se poseería para siempre, la Redención debería ser largamente prenunciada por una serie de heraldos (cf. *In Ioannis Evangelium. Tractatus XXXI*, n.º 5), el último de los cuales fue sin duda la propia María. Su *fiat* no solamente anunció, sino que hizo efectivo el adviento del Mesías (cf. Lc 1, 38), y en su claustro virginal, por un misterio insondable, su sangre se fundió con la sangre redentora —*Sanguis Christi, sanguis Mariæ*—, confirmando simbólicamente su papel, aunque relativo, en la remisión sacrificial del primer pecado.

Ya en el Calvario, durante los padecimientos de Cristo, el llanto de Nuestra Señora anunciaría la Redención. Tras la crucifixión, el cuerpo de Jesús sería llevado nuevamente al regazo de su piadosa Madre, cuyas lágrimas se mezclarían con la sangre salvadora. Finalmente, en Pentecostés, por medio de Ella se iniciaría el nuevo régimen de gracias nacidas por el sacrificio del Cordero Divino.

Consideradas estas cosas, se puede concluir la misión corredentora de la Madre de Dios no tan sólo porque pontífices y teólogos se hayan pronunciado en ese sentido, sino también por la propia congruencia de los hechos narrados en la Sagrada Escritura.

Analizada de una manera superficial, la expresión *Corredentora* puede parecer excesiva. No obstante, si este y tantos otros títulos atribuidos a la Virgen por la Iglesia a lo largo de los siglos fueran fruto de piadosas exageraciones, sería difícil entender por qué Ella prenunció en el *Magnificat* que todas las generaciones la llamarían bienaventurada (cf. Lc 1, 48).

Si María Santísima fuera solamente Madre, como pregonan los luteranos, ¿cómo se explica que Ella, a través de los siglos, haya engendrado hijos redimidos por la promesa del Salvador (cf. Jn 19, 26-27)? Si fuera una mujer cualquiera, como se escucha en círculos anticatólicos, ¿por qué su divino Hijo la enviaría como mensajera en diversas apariciones a través de los tiempos? Estas interpellaciones sólo refuerzan en nuestros corazones el papel central de María en los designios divinos.

Pléyades de santos, Papas y la misma Virgen prenunciaron una futura era mariana, para la cual Ella ya está preparando a sus hijos predilectos. Considerando el paroxismo de pecado al que ha llegado el mundo hodierno, ¿por qué no suponer que esto se materializará por medio de una analógica «redención», cuyas características aún no nos han sido desveladas? Nada más plausible. Y, si nuestra hipótesis se confirma, nuevos atributos marianos brotarán de los labios de los fieles, confirmando el famoso dicho de San Bernardo: «De María nunca se dirá lo suficiente». ♣



La victoria final siempre es de la fe

Vida larga o corta, triunfo o derrota aparente, solidez de la roca o fragilidad de una doncella: ipoco importa! El ejemplo de Santa Juana de Arco nos muestra que a los dolores del Calvario siempre le sucederá la mañana de la Resurrección.

Fn esta hora solemne, en la que toda una nación cristiana, representada por sus personalidades más eminentes, ofrece al Señor una Misa de acción de gracias bajo las bóvedas de una maravillosa catedral, que renace a la vida como un enfermo que ha superado con energía y aguante una severa crisis,¹ en esta hora en la que celebráis el V Centenario de la rehabilitación de Santa Juana de Arco, como una gran familia que reencuentra en uno de sus hijos la encarnación de sus valores más elevados y representativos, es un gran consuelo también para Nos manifestar la alegría que llena Nuestra alma y felicitaros, amados hijos, por esta fiesta de una casa de Dios y de una heroína de la santidad, que son vuestras legítimas glorias.

¿Quién, no obstante, en aquel triste día de la primavera de 1431, volviendo a su hogar, con los ojos bajos y el corazón abatido, tras haber presenciado la tragedia de la plaza del Viejo Mercado, si hubiera fijado su mirada en el edificio grandioso de vuestra catedral en busca de consuelo, habría pensado jamás que ese día histórico reuniría a Juana y a esta catedral, como si sobre ellas pesara un común destino de vocación divina, de sufrimiento y de martirio, de

muerte aparente y de gloriosa resurrección? [...]

Edificio símbolo de realidades inmortales

Habría que remontarse a los siglos donde la Historia se confunde con la leyenda para rememorar las vicisitudes sufridas por vuestra catedral. [...]

Es en ella, como en una biblia de piedra, donde vuestros mayores leyeron las verdades de la fe, siguieron con admiración las grandes hazañas de sus antepasados, contemplaron las bellezas más puras puestas al servicio del más elevado ideal, aprendieron a rezar y, al mismo tiempo, se sintieron más hermanos bajo el abrazo de sus enormes bóvedas. Sus esbeltas líneas les mostraban el camino del Cielo y la levedad de sus estructuras les enseñaban el desapego del mundo.

Por el despejado cielo de Normandía pasarián los destellos de la conflagración, las nubes de la guerra cargadas de desolación y de terror, e incluso las tinieblas creadas por el abandono de los hombres y los sacrilegos excesos de la Revolución. Pero la catedral permanecerá siempre en pie, encontrará siempre la mano y el corazón que le dará nueva vida, porque expresa realidades inmortales y sus fundamentos se asientan en la roca de la fe, de una fe sentida y

transformada en sustancia de vida hasta formar el carácter más esencial de un pueblo. [...]

Virgen frágil, sólido edificio de virtudes

¡Qué contraste entre esta inalterable estabilidad y las frágiles apariencias de la humilde joven, que desempeñaría un papel tan importante en la historia de Francia! Sin embargo, esa chica tan delicada a primera vista también se convertiría en un sólido edificio; tal y como una catedral arraigada a la tierra, ella ahondaba sus cimientos en el amor a la patria, en un deseo vehementemente de paz y en una sed de justicia, que irían a arrancarla de la sombra donde parecía confinada para lanzarla en el curso violento de la Historia.

Una elegida de Dios, cuya conciencia inquebrantable de su misión y un ardiente deseo de santidad, alimentado por la voluntad de corresponder mejor a su altísima vocación, le hicieron superar los obstáculos, ignorar los peligros, enfrentarse a los poderosos de la tierra, involucrarse en los problemas internacionales de su época y transformarse en una capitana revestida de hierro para llevar a cabo una temible acometida. Más de un año de campaña, sembrada de horror y victorias —la toma de Orleans, la coronación [de Carlos VII] en Reims, las ca-



Un ardiente deseo de santidad, alimentado por la voluntad de corresponder mejor a su altísima vocación, le hicieron enfrentarse a los poderosos de la tierra

Santa Juana de Arco, por Hermann Anton Stilke - Museo del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

balgadas interminables, las heridas, las prisiones— parecen las páginas magníficas de una leyenda dorada.

Pero frente a su ejemplar sencillez, su perfecto desinterés, su ideal sin tacha, se yerguen la prudencia del mundo, la codicia, la incomprendición y la corrupción que urdirán para aislarla, inmovilizarla y hacerla perecer como un enemigo peligroso. Sobre el cielo de Normandía han pasado de nuevo sombras siniestras, la oscuridad vuelve a cubrir por un momento la luminosa ciudad de Ruan.

Y he aquí una vez más que las llamas de una hoguera reavivan el fuego en una de sus plazas; en el silencio resuenan las palabras de una mártir fiel a su vocación, llena de fe en la Iglesia, a la cual apelaba invocando el dulcísimo nombre de Jesús, su único consuelo. A través del humo que se eleva se queda mirando la cruz, segura de que un día obtendrá justicia. [...]

Ejemplo de fe, docilidad y fuerza

Vida larga o corta, triunfo o derrota aparente, solidez de la roca o fra-

gilidad de una pobre joven mortal: ipoco importa!, si existe una verdad immutable, una fe inquebrantable, el amor a una patria inmortal, la expectativa de una paz que es una exigencia natural del corazón humano, la sed de una justicia que forzosamente prevalecerá en la hora fijada por la Historia, en la hora de la reconstrucción, de la rehabilitación, de la resurrección. Ley necesaria que une siempre el sacrificio al triunfo, la humillación a la gloria, el misterio del Calvario a la aurora luminosa de la mañana de la Resurrección.

Dichoso el pueblo que recuerda, incluso para afrontarlo, si fuera preciso, el juicio de los hombres, como lo supo hacer Juana con admirable constancia e inalterable serenidad; para no rehusar el sacrificio, que vio venir sin temer a nadie y con una energía maravillosa; para ser siempre fiel a su vocación, especialmente en los momentos más difíciles. Juana de Arco se presenta así a los cristianos de nuestro tiempo como un modelo de fe sólida y activa, de docili-

lidad a una altísima misión, de fuerza en las pruebas. [...]

Con su vida ejemplar, su consagración a un ideal y su perfecto sacrificio nos enseña a todos el camino seguro en este siglo de sensualidad, de materialismo, de dejadez, el cual quisiera hacernos olvidar la senda trazada por los mejores héroes y la vía que conduce al portal grandioso de las viejas catedrales.

Alzad la vista y admirad

No es raro que, en los momentos más críticos —como cuando una ráfaga de viento rompe las nubes y deja ver la estrella que guiará al navegante hasta el puerto—, el Señor envíe la inspiración sobrenatural que debe hacer de un alma la salvación de su pueblo.

Así pues, alzad la vista, amados hijos, dignos representantes de una nación que se honra de tener el título de *Hija primogénita de la Iglesia*, y contemplad los grandes ejemplos que os han precedido; alzad la vista y admirad estas espléndidas catedrales que siguen siendo entre vosotros un vivo símbolo de la Iglesia Católica en el seno de la cual habéis crecido. [...]

Si sucede que afuera sopla el mal viento, si la mentira, la codicia y la incomprendición traman el mal, si incluso os parece que venís a ser víctimas por vuestra parte, considerad vuestros héroes rehabilitados, vuestras catedrales reconstruidas y os convenceréis una vez más de que la última victoria siempre es la de la fe, la santa fe que nada puede derribarla, y cuya única depositaria es la Iglesia Católica. ♦

Fragmentos de: PÍO XII.
Radiomensaje con motivo del V centenario de la rehabilitación de Santa Juana de Arco, 25/6/1956.
Traducción: Heraldos del Evangelio.

¹ N. del E.: Gravemente dañada durante la Segunda Guerra Mundial, la catedral de Ruan fue consagrada de nuevo por el arzobispo metropolitano el 17 de junio de 1956.



João Paulo Rodrigues

Jesús con sus discípulos - Basílica de Nuestra Señora de Nazaret, Belém (Brasil)

EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹ «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. ² A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. ³ Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; ⁴ permaneced en mí, y yo en vo-

sotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. ⁵ Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ Al que no permanece en mí lo tiran fue-

ra, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. ⁷ Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. ⁸ Con esto recibé gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos» (Jn 15, 1-8).

La mejor manera de permanecer en Jesús

En la verdadera vid hay un sublime conducto por el cual la savia de la gracia corre abundantemente hasta nosotros, sin riesgo de ser desperdiciada.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – SÍMBOLO DE NUESTRA UNIÓN CON JESÚS

Recorriendo las páginas de los Evangelios nos encontramos con que Nuestro Señor Jesucristo se vale de muchas analogías para referirse a sí mismo cuando habla con los Apóstoles y el pueblo. Después de la multiplicación de los panes, por ejemplo, se revela a la muchedumbre como «el pan de vida» (Jn 6, 35); más adelante, discutiendo con los fariseos, declara que es «la luz del mundo» (Jn 8, 12); en su exposición de la célebre metáfora del aprisco de las ovejas se presenta como siendo la puerta por donde han de entrar al redil (cf. Jn 10, 9) y además afirma, en esa misma ocasión: «Yo soy el Buen Pastor» (Jn 10, 11).

En este fragmento de San Juan, que la liturgia ha seleccionado para el quinto domingo de Pascua, vemos al divino Maestro en la intimidad de la convivencia con sus discípulos en donde les propone la lindísima imagen de la vid cuyo labrador es el Padre.

Para que entendamos bien ese pasaje hemos de analizarlo desde el prisma de Dios, que ve todas las cosas en sí mismo con entera perfección. Al ser eterno, está fuera del tiempo y contempla constantemente, en un perpetuo presente, todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá. Desde

esta perspectiva, podemos concluir que Nuestro Señor elige la figura de la vid por una razón superior: al conocer desde siempre la unión que el Hijo establecería con los hombres cuando se encarnara, el Padre creó esa planta no solamente con vistas a la Eucaristía, sino también para simbolizar el dinamismo de la vida sobrenatural que su Unigénito les concedería.

He aquí la maravillosa realidad descrita por el Redentor en los versículos del Evangelio de este domingo, los cuales equivalen a uno de los tratados teológicos más bellos jamás elaborados sobre el misterio de la gracia.

II – DE JESÚS DEPENDEMOS Y EN ÉL DEBEMOS PERMANECER

En la primera parte del capítulo 14 de San Juan, contemplada por la liturgia de la semana anterior, Nuestro Señor resaltaba la importancia de la fe y les aseguraba a sus discípulos: «Volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros» (14, 3). Oyendo estas palabras, ciertamente, imaginaron que el Maestro regresaría físicamente y luego volverían a seguirlo como lo hacían entonces; sin embargo, el sentido de las palabras de Jesús era distinto.

*En la
intimidad
de la
convivencia
con sus
discípulos,
Jesús les
propone la
lindísima
imagen de
la vid*

La expresión «verdadera vid» sugiere la existencia de falsas vides, como las que tuvo el Señor delante de sí

De hecho, el Salvador permanecerá con nosotros «hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20) llevando a cabo esa promesa de varias maneras: en el sacramento de la Eucaristía, en la infalibilidad pontificia, en la santidad que impregna la historia de la Iglesia, consumada en las almas confirmadas en gracia, entre otras. No obstante, la forma fundamental por la cual perpetúa su presencia entre nosotros es la explicada en el Evangelio de hoy.

También hay falsas vides...

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:¹ «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador».

Cualquiera que haya tenido la oportunidad de seguir el desarrollo de una parra habrá notado, sin duda, cómo crece, florece y fructifica con cierta nobleza y distinción. No se ve cómo circula la savia, pero de ella proviene el vigor de los vástagos, de las hojas y de las flores que después darán paso a los racimos de uva. Cuando ese flujo se interrumpe cesa la vida.

Esto es también lo que ocurre en relación con Jesús: el Hombre Dios es la vid en la que nacen y de la cual dependen todos los bautizados. Y el Padre se atribuye el oficio de labrador, pues fue Él quien envió al Hijo al mundo para salvarnos, constituyéndolo nuestro mediador, para que de su plenitud todos recibamos «gracia tras gracia» (Jn 1, 16).

Entre otras ideas, la expresión «verdadera vid» sugiere la existencia de falsas vides. En efecto, el demonio no sería él —e igual juicio se aplica al hombre con respecto a sus malas inclinaciones— si dejara de inventar caminos al margen de la verdad, desviados en puntos sustanciales de la auténtica religión. Basta hojear el Evangelio para constatar cuántas viñas falsificadas tuvo el Señor delante de sí, en la persona de los fariseos, saduceos y escribas que, desprovistos de la vitalidad de la gracia, restringían su relación con Dios a la práctica de algunas normas y reglas de conducta. A este respecto, recordemos la sentencia del Redentor cuando, en cierta ocasión, sus discípulos le comunicaron que los fariseos se habían escandalizado con Él: «La planta que no haya plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz» (Mt 15, 13).

La esterilidad sobrenatural

^{2a} «A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca,...».

Es curioso notar que antes de hablar de los frutos Jesús refiere el cercenamiento.

Si el agricultor percibe que hay una rama verde, pero siempre estéril, adherida a la vid junto con otras cargadas de frutos,enseguida concluye que no se trata de una carencia vital, sino de un mal aprovechamiento de esta. Entonces se hace indispensable eliminarla para evitar el desperdicio de la savia, que podrá ser utilizada mejor por los demás sarmientos.

En una situación análoga se encuentra el alma regenerada por el Bautismo: está injertada en Nuestro Señor y, por eso, dispone de la gracia en abundancia; no obstante, si se cierra en sí misma, pasando a servirse de los dones recibidos para subsistir en el egoísmo, sin preocuparse con el bien del prójimo ni con la expansión del Reino de Cristo en la tierra, más tarde o más temprano será arrancada.

¿En qué consiste esa acción justiciera del Padre? Las gracias, antaño caudalosas, disminuyen de intensidad. Y, aunque Él no deje nunca de proporcionale al alma las gracias necesarias para su salvación, la miseria humana es tanta que ese auxilio se vuelve insuficiente para perseverar en la virtud y alcanzar la santidad.

El Padre «poda» a quienes corresponden a la gracia

^{2b} «...y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto».

Una etapa importante en el cultivo de la viña es la poda de los sarmientos productivos, la cual exige esfuerzo, atención y acuidad del labrador. En los períodos adecuados se hace necesario suprimir, por medio de un instrumento adecuado, el exceso de brotes y otros retallados inútiles o perjudiciales para la planta, como los pequeños filamentos en espiral, denominados zarcillos, que se alberga en los sarmientos.

Similar es el modo de proceder del Padre con los espíritus generosos, que buscan corresponder a la gracia y estrechar su unión con Cristo. Para purificarlos de su amor propio, caprichos y otros defectos, el Señor promueve situaciones de lucha, sacudiéndolos con el sufrimiento. Tentaciones, dramas o enfermedades, si son enfrentados con amor, disponen al alma para recibir más gracias y, así, engendrar frutos excelentes.

En un sentido más amplio, encajarían en esa divina diplomacia las persecuciones que a lo lar-



De izquierda a derecha: Job - Iglesia de Sainte-Segolène, Metz (Francia); Santa Juana de Arco siendo juzgada - Iglesia de Notre-Dame la Grande, Poitiers (Francia), y el rey San Luis IX en las Cruzadas - Iglesia de San Saturnino, Baurech (Francia)

go de la Historia se levantan contra los buenos, poniéndoles en choque contra el mal e incitándolos a defender la verdad. Dios las permite para apurar la fe de sus elegidos y, después de cada embestida, hace que surjan maravillas más grandes en la Santa Iglesia.

Purificados por la palabra de Jesús

³ «Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado».

A fin de tranquilizar a sus discípulos, quizás asustados por la idea de ser «podados», el Señor revela la fuerza purificadora de su palabra cuando es recibida con fe y entusiasmo. Sea por medio de advertencias directas, sea simplemente con sutiles insinuaciones, les había ido extrayendo del alma numerosos escollos durante aquellos tres años de formación. Ahora ya estaban limpios y rindiendo frutos, porque habían adherido a la Buena Nueva demostrándolo con las obras; convencidos de que ya no eran pescadores de peces, sino de hombres, abandonaron el plano meramente terreno en el cual vivían y se lanzaron al apostolado.

Conviene destacar que la palabra del divino Maestro los había limpiado no sólo con amonestaciones, sino también aclarándoles la inteligencia con la transmisión de principios, mediante los cuales pasaron a conocer mejor a Dios y a contemplar aspectos aún ignorados de la fe.

Una profunda realidad sobrenatural

^{4a} «Permaneced en mí, y yo en vosotros».

Como el resto de las plantas, la vid no deja nunca de extraer de la tierra los nutrientes necesarios para dispensarle la savia a cada uno de sus sarmientos.

Ahora bien, Nuestro Señor Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, posee en sí la infinitud del bien, de la verdad y de la belleza; por lo tanto, de su parte jamás nos faltará la gracia que nos sustente y santifique. Por otro lado, Él siempre está dispuesto a permanecer en nosotros, estableciendo como única condición que deseemos permanecer en Él.

Cabe señalar que el verbo «permanecer» se repite siete veces en el Evangelio de hoy, tal es el empeño del Señor en demostrar la importancia de nuestra unión con Él. Más que un desposorio místico, esa profunda realidad espiritual consiste casi en una fusión similar al hierro que se confunde con el fuego en la fragua. Podríamos decir que se trata de un injerto nuestro en el Sagrado Corazón y, al mismo tiempo, de un injerto de Jesús en nuestro propio corazón.

Nadie puede obtener méritos por sí mismo

^{4b} «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí».

El Señor promueve situaciones de lucha, sacudiendo con el sufrimiento a quienes buscan corresponder a la gracia y estrechar su unión con Cristo

El fruto es producido por la vid y no por el sarmiento, pues éste es tan sólo un canal de transmisión de la savia

La expresión «dar fruto», en este versículo, no se refiere a obras concretas de piedad o de apostolado, sino que posee un alcance distinto.

Aun colocándolo en la tierra o en un vaso de agua el sarmiento destacado ya no se beneficia del sustento vital proporcionado por la vid. Incapaz de fructificar, enseguida se marchita y se seca.

Esa es la situación de quien se divorcia de Nuestro Señor, fenómeno infelizmente no muy raro en la Historia: por mucho que haga sacrificios y rece, no puede obtener mérito alguno, ya que éste consiste en la transferencia de los méritos de Jesucristo hacia nosotros, sus sarmientos. Si falta comunicación con la Fuente de las gracias, se vuelve imposible «dar fruto» en el campo sobrenatural.

Recordemos el comentario de San Luis María Grignion de Montfort¹ sobre la Santísima Virgen, la cual daba más gloria a Dios con la menor de sus acciones que San Lorenzo en el momento de su martirio. Nadie ha permanecido en Jesús como Nuestra Señora y, por eso, cualquier gesto suyo superaba en méritos a los heroismos más grandes de los santos.

La verdadera productividad

⁵ «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada».

Al ver una parra cargada de uvas solemos centrar la atención en las ramas de las que cuelgan los racimos, como si fueran ellas la causa del éxito de la producción. Sin embargo, el fruto es producido por la vid y no por el sarmiento, pues éste es tan sólo un canal de transmisión de la savia.

Caemos en un error similar cuando atribuimos el buen éxito de una obra de apostolado a los meros esfuerzos de sus ejecutores, olvidándonos de que si hay «mucho fruto» es debido, en primer lugar, a aquel que es la Humildad y desea colmarnos de gloria a través de sus propios dones.

Tras reafirmar de manera energética su permanencia en nosotros en cuanto corolario de nuestra permanencia en Él, el divino Maestro explica en una frase lapidaria el principio de la verdadera productividad: «Sin mí no podéis hacer nada». No dice «poco podéis hacer» o «nunca haréis mucho», sino que emplea un término absoluto: «no podéis hacer nada». De hecho, alejado del estado de gracia el alma es incapaz de trazar una simple señal de la cruz con mérito.

El castigo o el premio en función de la permanencia en Jesús

⁶ «Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden».

A lo largo de todo el Evangelio de hoy, Nuestro Señor se refiera a las almas que ya lo conocen y aman, a las cuales les pide un paso más en la entrega y la fidelidad: «Permaneced en mí». En este contexto, impresiona la clara alusión a la condenación eterna contenida en el versículo de arriba. Tal es el destino de los que experimentaron las delicias de la gracia, pero que en cierto momento las rechazaron, prefiriendo abrazar el pecado. Si hay arrepentimiento y enmienda, después de la muerte serán arrojados «al fuego que no se apaga» (Mc 9, 43).

Bien diferente es la promesa hecha a los perseverantes, una de las afirmaciones más categóricas de la Sagrada Escritura:

⁷ «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará».

Cuando permanecemos en Jesús y sus palabras permanecen en nosotros, por la práctica de los Mandamientos, nuestra voluntad se encuentra en entera consonancia con la suya. Por este motivo, el Redentor no pone límites a nuestras súplicas y nos dice: «Pedid lo que deseáis». O sea, todo lo que anhelamos en la línea de la santidad y de la perfección siempre estará en conformidad con sus deseos y, por tanto, nos será concedido. ¡Cuántas veces no hemos probado durante nuestra vida el cumplimiento de esa divina promesa!

Ahora bien, si Nuestro Señor confiere a nuestra súplica ese carácter de omnipotencia, no hay razón para la tacañería en nuestras intenciones. Para su gloria, ¡hemos de tener grandes anhelos! Y quien juzgara pretenciosa o petulante nuestra actitud, podríamos responderle con Santa Teresa del Niño Jesús: «Me considero como un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plomón; no soy un águila, sólo tengo de ella los ojos y el corazón, pues, pese a mi extrema pequeñez, me atrevo a fijar la mirada en el Sol divino, el Sol del amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila».² El que mucho desea, mucho consigue; el que desea poco, obtiene poco!



Gloria de María Santísima con Nuestro Señor Jesucristo - Capilla de la Virgen en el monasterio benedictino de Subiaco (Italia)

El objetivo de Jesús es la gloria del Padre

⁸ «Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

He aquí el principal objetivo de Nuestro Señor cuando trata de convencernos de la necesidad de permanecer en Él: la gloria del Padre. Si asumimos nuestra condición de sarmiento de la Vid, de la cual nacimos y de la cual dependemos absolutamente, nos resultará más fácil convertirnos en sus discípulos. Esto implica no solamente aprender con el divino Maestro, sino observar a fondo quién es Él y cómo actúa, amar lo que Él ama y andar con Él por los mismos caminos, dejándonos limpiar y conformar por el Padre.

La liturgia de hoy nos brinda un ejemplo de ese discipulado perfecto en la figura de San Pablo, contemplada en la primera lectura (cf. Hech 9, 26-31). De perseguidor de los cristianos y colaborador en la muerte de tantos de ellos, entre los cuales se encuentra San Esteban, Saulo pasó al entusiasmo fervoroso por Nuestro Señor, tras una espectacular gracia de conversión. Él dio mucho fruto porque permaneció en Jesús, como lo atestiguan sus palabras: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20).

III – ¡DIOS AMA LAS MEDIACIONES!

Dios ama el principio de las mediaciones, por el cual creó el universo desigual y jerárquico. Y lo ama a tal punto que, con la Encarnación, el Hijo se convirtió en el Mediador entre nosotros

y el Padre como María Santísima fue constituida nuestra Medianera ante Cristo.

Ahora bien, la humanidad nunca ha necesitado tanto esa mediación como en los días actuales. Cuando el Apóstol se quejó al Señor del agujón del que deseaba verse libre, Él le respondió: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2 Cor 12, 9). Bien podemos afirmar que la manifestación de esa fuerza estaba a la espera del momento en que la miseria humana llegara al extremo en el cual hoy se encuentra.

Para que los hombres salgan de ese estado y constituyan la era de mayor santidad de la Historia se hace indispensable una fuerte mediación. Ese es el papel de la Santísima Virgen en cuanto conductor elegido por Dios para llevar la savia de la gracia hasta todos nosotros, sarmientos de la vid e hijos suyos. Si comparásemos las maravillas del pasado de la Iglesia a las que resultarán de la intercesión mariana, constataríamos que, como mucho, hubo bellas flores, pero los frutos sólo despuntarán ahora.

En este quinto domingo de Pascua, pidamos la gracia de no dejarnos jamás de beneficiarnos de la savia divina y de alcanzar la total permanencia en Jesús, para que también Él permanezca en nosotros, por medio de María. ♦

¹ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.^o 222. In: *Oeuvres Complètes*. París: Du Seuil, 1966, p. 638.

² SANTA TERESA DE LISIEUX. *Les manuscrits auto-biographiques*. Manuscrit B. In: *Oeuvres Complètes*. París: Du Cerf; Desclée de Brouwer, 2009, p. 216.

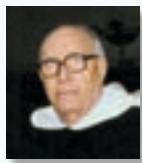
Dios ama el principio de las mediaciones, a tal punto que el Hijo se convirtió en el Mediador entre nosotros y el Padre como María Santísima fue constituida nuestra Medianera ante Cristo



La Madre Corredentora

La doctrina sobre María Corredentora consta de modo expreso y formal en el magisterio de la Iglesia, a través de los Romanos Pontífices y del Concilio Vaticano II. A esta conclusión llega, tras un exhaustivo análisis, uno de los teólogos más destacados del siglo XX.

P. Antonio Royo Marín, OP



amos a examinar en este capítulo una de las cuestiones más importantes de la teología mariana y una de las más profundamente investigadas en estos últimos tiempos: la cooperación de María a la obra de nuestra Redención realizada por Cristo en el Calvario, por cuya cooperación conquistó María el título gloriosísimo de *Corredentora de la humanidad*.

Creemos que María fue real y verdaderamente Corredentora de la humanidad por dos razones fundamentales:

a) Por ser la Madre de Cristo Redentor, lo que lleva consigo —como ya vimos— la maternidad espiritual sobre todos los redimidos.

b) Por su compasión dolorosísima al pie de la cruz, íntimamente asociada, por libre disposición de Dios, al tremendo sacrificio de Cristo Redentor.

Los dos aspectos son necesarios y esenciales; pero el que constituye la base y fundamento de la Corredención mariana es —nos parece— su

maternidad divina sobre Cristo Redentor y su maternidad espiritual sobre nosotros. Por eso hemos querido titular este capítulo, con plena y deliberada intención, la *Madre Corredentora*, en vez de la *Corredención mariana*, como titulan otros. Estamos plenamente de acuerdo con estas palabras del eminentísimo mariólogo P. Llamera: «La Corredención es una función maternal, es decir, una actuación que le corresponde y ejerce María por su condición de madre.

*Creemos que
María fue real y
verdaderamente
Corredentora de
la humanidad
por dos razones
fundamentales...*

Es corredentora por ser madre. Es madre corredentora».¹ [...]

No ha habido hasta ahora ninguna definición dogmática de la Corredención por parte del magisterio extraordinario de la Iglesia, pero sí múltiples declaraciones expresas del magisterio ordinario, tanto por parte de los Sumos Pontífices como de los obispos y de la liturgia oficial de la Iglesia. Aquí nos vamos a limitar al testimonio de los últimos Pontífices por su especial interés y actualidad.

Unida a Cristo en el triunfo sobre la serpiente

Pío IX: «Por lo cual, al glosar —los Padres y escritores de la Iglesia— las palabras con las que Dios, vaticinando en los principios del mundo los remedios de su piedad dispuestos para la reparación de los mortales, aplastó la osadía de la engañosa serpiente y levantó maravillosamente la esperanza de nuestro linaje, diciendo: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya” (Gén 3, 15),

enseñaron que, con este divino oráculo, fue de antemano designado clara y patentemente el misericordioso Redentor del humano linaje, es decir, el unigénito Hijo de Dios, Jesús, y designada su Santísima Madre, la Virgen María, y al mismo tiempo brillantemente puestas de relieve *las mismísimas enemistades de entrabmos contra el diablo*. Por lo cual, así como Cristo, mediador de Dios y de los hombres, asumida la naturaleza humana, borrando la escritura del decreto que nos era contrario, lo clavó triunfante en la cruz, así la Santísima Virgen, unida a Él con apretadísimo e indisoluble vínculo, ejercitando con Él y por Él sus sempiternas enemistades contra la venenosa serpiente y triunfando de la misma plenísimamente, aplastó su cabeza con el pie inmaculado».²

Apenas es posible expresar con mayor precisión y claridad la doctrina de la Corredención mariana en Jesucristo *con Él y por Él*. «Triunfar con Cristo —advierte con razón Roschini— quebrantando la cabeza de la serpiente no es otra cosa que ser Corredentora con Cristo».³

Asociada a la obra de la salvación del género humano

León XIII: «La Virgen, exenta de la mancha original, escogida para ser Madre de Dios y *asociada por lo mismo a la obra de la salvación del género humano*, goza cerca de su Hijo de un favor y de un poder tan grande que nunca han podido ni podrán obtenerlo igual ni los hombres ni los ángeles».⁴

«De pie, junto a la cruz de Jesús, estaba María, su Madre, penetrada hacia nosotros de un amor inmenso, que la hacía ser Madre de todos nosotros, *ofreciendo Ella misma a su propio Hijo a la justicia de Dios y agonizando con su muerte en su alma, atravesada por una espada de dolor*».⁵

«Tan pronto como, por secreto plan de la Divina Providencia, fuimos elevados a la suprema Cátedra de Pedro (...), espontáneamente se

nos fue el pensamiento a la gran *Madre de Dios y su asociada a la reparación del género humano*».⁶

«Recordamos otros méritos singulares por los que *tomó parte en la Redención humana con su Hijo Jesús*».⁷

«La que había sido *cooperadora en el sacramento de la Redención del hombre*, sería también *cooperadora en la dispensación de las gracias derivadas de él*».⁸

Nótese en el último texto citado la distinción entre la *redención en sí* y su *aplicación actual*. Según esto, María no sólo es *Corredentora*, sino también *Dispensadora* de todas las gracias derivadas de Cristo, como veremos en el capítulo siguiente.

Redentora con Cristo y dispensadora de sus tesoros

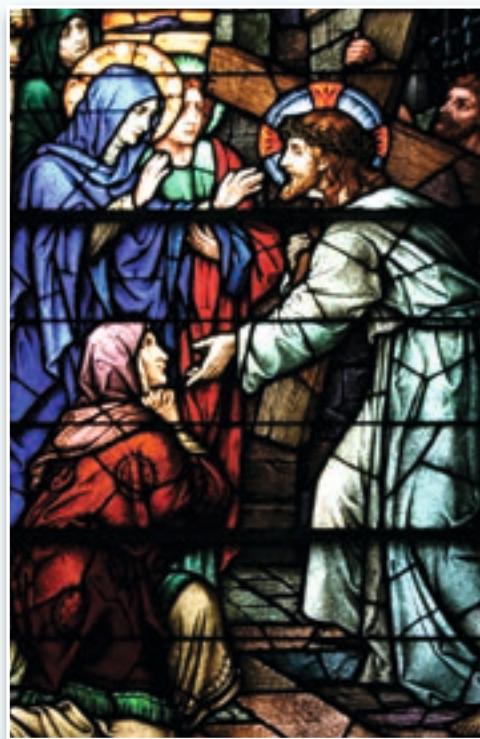
San Pío X: «La consecuencia de esta comunidad de sentimientos y sufrimientos entre María y Jesús es que *María mereció ser reparadora dignísima del orbe perdido y, por tanto, la dispensadora de todos los tesoros que Jesús nos conquistó con su muerte y con su sangre*».⁹

Benedicto XV: «Los doctores de la Iglesia enseñan comúnmente que la Santísima Virgen María, que parecía ausente de la vida pública de Jesucristo, estuvo presente, sin embargo, a su lado cuando fue a la muerte y fue clavado en la cruz, y estuvo allí *por divina disposición*. En efecto, en comunión con su Hijo doliente y agonizante, soportó el dolor y casi la muerte; abdicó los derechos de madre sobre su Hijo para conseguir la salvación de los hombres; y, para apaciguar la justicia divina, en cuanto dependía de Ella, inmoló a su Hijo, de suerte que *se puede afirmar, con razón, que redimió al linaje humano con Cristo*. Y,

por esta razón, toda suerte de gracia que sacamos del tesoro de la Redención nos vienen, por decirlo así, de las manos de la Virgen dolorosa».¹⁰

En este magnífico texto, el Papa afirma, como puede ver el lector, los dos grandes aspectos de la mediación universal de María: la *adquisitiva* (Corredención) y la *distributiva*

La Corredención es una función maternal, es decir, una actuación que le corresponde y ejerce María por su condición de madre



Encuentro de la Virgen con Jesús camino del Calvario - Iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro, Montreal (Canadá). En la página anterior, Santísimo Cristo Yacente de la Paz y Unidad y Nuestra Señora de la Fe y Consuelo - Capilla del Calvario, Málaga (España)

François Boulay

El magisterio de los Papas preconciliares

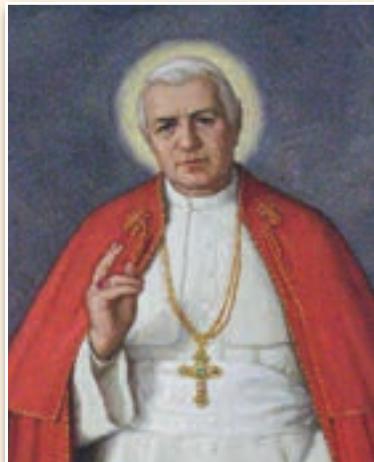


Fotos: Reproducción

Pío IX – Así como Cristo borró el decreto que nos era contrario y lo clavó en la cruz, así la Santísima Virgen triunfó de la venenosa serpiente, cuya cabeza aplastó con su pie inmaculado.



León XIII – Tan pronto como fuimos elevados a la suprema Cátedra de Pedro espontáneamente se nos fue el pensamiento a la gran Madre de Dios y su asociada a la reparación del género humano.



Pío X – La consecuencia de esta comunidad de sentimientos y sufrimientos entre María y Jesús es que María mereció ser reparadora dignísima del orbe perdido y, por tanto, la dispensadora de todos los tesoros que Jesús nos conquistó.



Benedicto XV – En comunión con su Hijo doliente y agonizante, soportó el dolor y casi la muerte; de suerte que se puede afirmar, con razón, que redimió al linaje humano con Cristo.



Pío XI – La benignísima Virgen Madre de Dios, habiéndonos dado a Jesús Redentor y ofreciéndole junto a la cruz como Hostia, fue también y es piadosamente llamada Reparadora por la misteriosa unión con Cristo.



Pío XII – En la realización de la Redención humana, quiso Dios que María estuviese inseparablemente unida con Cristo. Nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos asociados íntimamente al amor y a los dolores de su Madre.

(distribución universal de todas las gracias).

El papel de la Virgen dolorosa junto a su divino Hijo

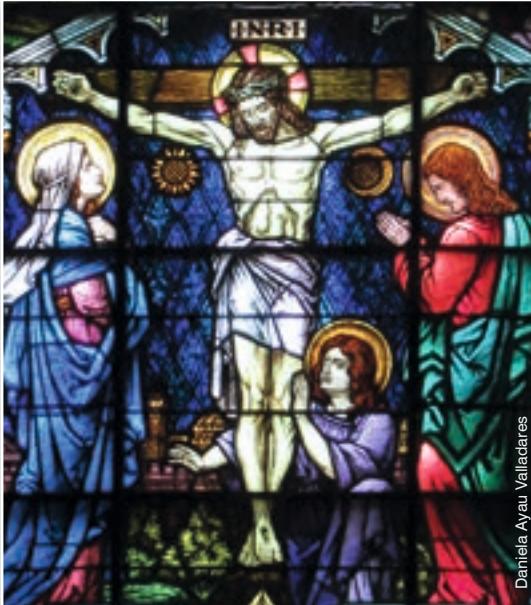
Pío XI: «La Virgen dolorosa participó con Jesucristo en la obra de la Redención, y, constituida Madre de los hombres, que le fueron encomendados por el testamento de la divina caridad, los abrazó como a hijos y los defiende con todo su amor».¹¹

«La benignísima Virgen Madre de Dios (...), habiéndonos dado y criado a Jesús Redentor y ofreciéndole junto a la cruz como Hostia, fue también y es piadosamente llamada *Reparadora* por la misteriosa unión con Cristo y por su gracia absolutamente singular».¹²

En la clausura del Jubileo de la Redención, Pío XI recitó esta conmovedora oración:

«¡Oh Madre de piedad y de misericordia, que acompañabais a nuestro dulce Hijo, mientras llevaba a cabo en el altar de la cruz la Redención del género humano, como Corredentora nuestra asociada a sus dolores...!, conservad en nosotros y aumentad cada día, os lo pedimos, los preciosos frutos de la Redención y de vuestra compasión».¹³

Pío XII: «Habiendo Dios querido que, en la realización de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Cristo, tanto que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos asociados íntimamente al amor y a los dolores de su Madre, es cosa enteramente razonable que el pueblo cristiano, que ha recibido de Jesús la vida divina por medio de María, después de los debidos homenajes al Sacratísimo Corazón de Jesús, demuestre también al Corazón amantísimo de la Madre celeste



Daniela Ayau Valladares

La Virgen María al pie de la cruz - Universidad de Nuestra Señora del Lago, San Antonio (EE. UU.)

De pie, junto a la cruz, estaba su Madre, penetrada hacia nosotros de un amor inmenso, ofreciendo Ella misma a su propio Hijo a la justicia de Dios

tial los correspondientes sentimientos de piedad, amor, acción de gracias y reparación».¹⁴

Como puede ver el lector, es imposible hablar más claro y de manera más terminante.

Causa de salvación para sí misma y para todo el género humano

Concilio Vaticano II: Aunque por su constante preocupación ecuménica el Concilio Vaticano II evitó la palabra Corredentora —que podía herir los oídos de los hermanos separados— expuso de manera clara e inequívoca la doctrina de la Corre-

dencia tal como la entiende la Iglesia Católica. He aquí algunos textos de la constitución dogmática *Lumen gentium* especialmente significativos: [...]

«María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino se convirtió en Madre de Jesús, y, al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios,

sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Como dice San Ireneo, “obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano”».¹⁵ [...]

«Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el Templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia».¹⁶

Como puede ver el lector, el Concilio expone con toda claridad la doctrina de la Corredención de María. [...] La doctrina de María Corredentora consta, pues, de manera expresa y formal por el magisterio de la Iglesia a través de los Romanos Pontifices y del Concilio Vaticano II. ♦

Extraído de: *La Virgen María. Teología y espiritualidad marianas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1997, pp. 140-149.

¿Qué dice el magisterio postconciliar?

El Concilio Vaticano II expuso con toda claridad la doctrina de la Corredención de María. Y lo mismo hicieron los principales Papas que lo siguieron.

Pablo VI: «La instauración postconciliar [...] ha considerado como adecuada perspectiva a la Virgen en el misterio de Cristo y, en armonía con la tradición, le ha reconocido el puesto singular que le corresponde dentro del culto cristiano, como Madre Santa de Dios, íntimamente asociada al Redentor».¹⁷

«Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la Redención alcanza su culminación en el Calvario, [...] donde María estuvo junto a la cruz (cf. Jn 19, 15) “sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con ánimo materno a su sacrificio, adhiriéndose con ánimo materno a su sacrificio, adhiriéndose amorosamente a la inmolación de la víctima por Ella engendrada”, y ofreciéndola Ella misma al Padre eterno».¹⁸

«Después de haber participado en el sacrificio redentor del Hijo, y ello en modo tan íntimo que mereció ser proclamada por la Madre no sólo del discípulo Juan, sino —permítasenos afirmarlo— del género humano representado de alguna manera por él. Ahora,

desde el Cielo, continúa cumpliendo su maternal función de cooperadora en el nacimiento y en el desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos».¹⁹

Juan Pablo II: «María, aunque concebida y nacida sin mancha de pecado,

participó de manera admirable en los sufrimientos de su Hijo, con el fin de ser *Corredentora de la humanidad*».²⁰

«A lo largo de los siglos la Iglesia ha reflexionado en la cooperación de María en la obra de la salvación, profundizando el análisis de su *asocia-*



Misa Papal en el Altar de la Cátedra, en la Basílica del San Pedro, antes de una de las sesiones del Concilio Vaticano II

Lothar Wolleh

¹ LLAMERA, OP, Marceliano. María, Madre corredentora o la maternidad divino-espiritual de María y la Corredención. In: *Estudios Marianos*. Madrid. N.º 7 (1948); p. 146.

² PÍO IX. *Ineffabilis Deus*.

³ ROSCHINI, OSM, Gabriel María. *La Madre de Dios según la fe y la Teología*. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1955, v. I, p. 477.

⁴ LEÓN XIII. *Supremi apostolatus officio*, n.º 3.

⁵ LEÓN XIII. *Iucunda semper*, n.º 6.

⁶ LEÓN XIII. *Ubi primum*.

⁷ LEÓN XIII. *Parta humano generi*.

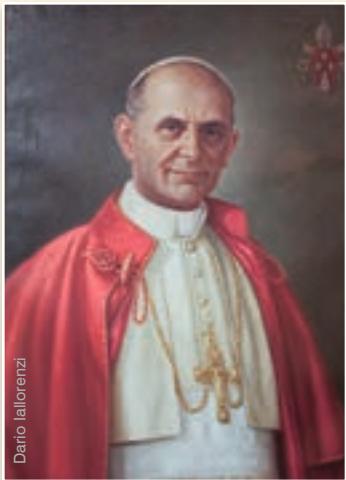
⁸ LEÓN XIII. *Adiutricem populi*, n.º 4.

⁹ SAN PÍO X. *Ad diem illum*.

¹⁰ BENEDICTO XV. *Inter sodalicia*: AAS 10 (1918), 182.

¹¹ PÍO XI. *Explorata res est*: AAS 15 (1923), 104-105.

¹² PÍO XI. *Miserentissimus Redemptor*, n.º 15.



Dario Ialorenzi

Pablo VI – La instauración postconciliar ha considerado como adecuada perspectiva a la Virgen en el misterio de Cristo; le ha reconocido el puesto singular que le corresponde dentro del culto cristiano, como alma asociada al Redentor.



Gustavo Kralj

Juan Pablo II – María, aunque concebida y nacida sin mancha de pecado, participó de manera admirable en los sufrimientos de su Hijo, con el fin de ser Corredentora de la humanidad.



Gustavo Kralj

Benedicto XVI – En este itinerario nos acompaña la Virgen Santísima, que siguió en silencio a su Hijo Jesús hasta el Calvario, participando con gran pena en su sacrificio, cooperando así al misterio de la Redención.

ción al sacrificio redentor de Cristo. Ya San Agustín atribuye a la Virgen la calificación de “colaboradora” en la Redención. [...] El término “cooperadora” aplicado a María cobra, sin embargo, un significado específico. La cooperación de los cristianos en la salvación se realiza después del acontecimiento del Calvario, cuyos frutos se comprometen a difundir mediante la oración y el sacrificio. Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre; por tanto, se extiende a la totalidad de la obra salvífica de Cristo. *Solamente Ella fue asociada de ese modo al sacrificio redentor, que mereció la salvación de todos los hombres.* En unión

con Cristo y subordinada a Él, cooperó para obtener la gracia de la salvación a toda la humanidad».²¹

«María ha llegado a ser no sólo la “madre-nodriza” del Hijo del hombre, sino también la “compañera singularmente generosa” del Mesías y Redentor. Ella avanzaba en la peregrinación de la fe y en esta peregrinación suya hasta los pies de la cruz se ha realizado, al mismo tiempo, su cooperación materna en toda la misión del Salvador mediante sus acciones y sufrimientos. [...] *La cooperación de María participa, por su carácter subordinado, de la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador.*»²²

Benedicto XVI: «“Llena de gracia” eres tú, María, colmada del amor divino desde el primer instante de tu existencia, providencialmente predestinada a ser la *Madre del Redentor e íntimamente asociada a Él en el misterio de la salvación*. [...] “Llena de gracia” eres tú, María, que al acoger con tu “sí” los proyectos del Creador, nos abriste el camino de la salvación».²³

«En este itinerario nos acompaña la Virgen Santísima, que siguió en silencio a su Hijo Jesús hasta el Calvario, participando con gran pena en su sacrificio, cooperando así al misterio de la Redención y convirtiéndose en Madre de todos los creyentes (cf. Jn 19, 25-27)».²⁴ ♦

¹³ PÍO XI. *Radiomensaje*, 28/4/1935.

¹⁴ PÍO XII. *Haurietis aquas*, n.º 74.

¹⁵ CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 56.

¹⁶ Ídem, n.º 61.

¹⁷ SAN PABLO VI. *Marialis cultus*, n.º 15.

¹⁸ SAN PABLO VI. *Marialis cultus*, n.º 20.

¹⁹ SAN PABLO VI. *Signum magnum*, n.º 1.

²⁰ SAN JUAN PABLO II. *Audiencia*, 8/9/1982.

²¹ SAN JUAN PABLO II. *Audiencia general*, 9/4/1997.

²² SAN JUAN PABLO II. *Redemptoris Mater*, n.º 39-40.

²³ BENEDICTO XVI. *Discurso en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción*, 8/12/2006.

²⁴ BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 8/4/2009.

«*Su unción os enseña acerca de todas las cosas»*

En nuestros días, no raras veces nos encontramos con situaciones difíciles, en las que se nos exige una decisión rápida, y nos falta el auxilio de un prójimo. ¿Cómo actuamos en esas ocasiones?

João Luis Ribeiro Matos



A medida que entramos en contacto con las narraciones de los Santos Evangelios nos topamos con circunstancias en las que se manifiestan las infinitas virtudes de Jesús, las cuales forman un conjunto inigualable de perfecciones. En un pasaje trasluce su bondad sin fin, dispuesta a perdonarlo todo y a acoger incluso a los más miserables; en otro, su justicia intransigente, que lo lleva a expulsar del Templo a los vendedores y cambistas; en un tercero, su profundo espíritu de recogimiento, que se revela en las prolongadas horas de unión íntima con el Padre.

Ahora bien, hay una virtud sin la cual la panoplia de perfecciones que vemos en el Hombre Dios quedaría coja e incompleta. La demostró sobre todo en las discusiones con los fariseos y maestros de la ley cuando, ante maliciosas trampas, sabía dar la repuesta adecuada y dejar a sus adversarios en vergonzosa situación. Esta virtud es la sagacidad.

Desdoblamiento de la virtud de la prudencia

Para que se comprenda qué es la sagacidad, antes hemos de conocer la

virtud de la cual ella es un desdoblamiento: la prudencia.

Esta virtud cardinal no ha de ser entendida en el sentido que, en general, le aplicamos en el día a día. Prudente no es simplemente el que nunca se arriesga y sabe evitar el peligro o lo inconveniente. La verdadera prudencia posee un significado más amplio.

Cuando tratamos de alcanzar un objetivo, podemos elegir distintos caminos para lograrlo, unos más adecuados y otros menos. Pues bien, la prudencia es la que nos lleva a escoger lo mejor, ya que es propio del prudente «formar un juicio recto sobre la acción» que pretende.¹

El sagaz también debe ser dócil, y no fiarse de su propia prudencia (cf. Prov 3, 5), sino confiar en el auxilio del Señor

Obviamente, nadie nace sabiendo cómo lidiar con *todas* las situaciones posibles e imaginables; hay que ir adquiriendo ese conocimiento a lo largo de la vida. Y eso se consigue, según Santo Tomás de Aquino,² mediante la docilidad y la sagacidad.

Posee docilidad aquel que sabe procurar a otro con el fin de recibir enseñanzas que perfeccionen su propio juicio. Un hombre no puede descubrir por él mismo todas las cosas y de ahí surge la necesidad de ser instruido.³

La sagacidad, a su vez, es la cualidad de alma de quien, estando ante una situación nueva, con frecuencia compleja y delicada, descubre por sí mismo lo que debe hacer. Aristóteles decía que era «una fácil y pronta conjectura acerca del descubrimiento del medio».⁴

Estas dos virtudes se completan, pues el sagaz también debe ser dócil, y no fiarse de su propia prudencia (cf. Prov 3, 5), sino confiar en el auxilio del Señor que le socorrerá incluso en las ocasiones más inesperadas, muchas veces a través de la amonestación de un padre, amigo o maestro. Y del mismo modo, el dócil ha de ser igualmente sagaz para discernir los buenos consejos y los malos...⁵

Practicada en situaciones que exigen decisiones rápidas

Entenderemos más adecuadamente qué es la sagacidad y su relación con la prudencia si tomamos como ejemplo la vida de San Pablo.

No hay la mínima duda de que este santo había sido un modelo luminar de prudencia, que se desdoblaba, en ciertas ocasiones, en muestras de sagacidad incomparable. Es lo que le ocurrió cuando lo llevaron preso ante el sanedrín, reunido para juzgarlo y condenarlo.

En cuestión de instantes, percibió que allí estaban los saduceos y los fariseos, que no se entendían con respecto a la resurrección de los muertos. Para lograr su fin —librarse de la cárcel y de la muerte—, el Apóstol planteó ese polémico tema: «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo, se me está juzgando por la esperanza en la resurrección de los muertos» (Hch 23, 6). La afirmación generó enseguida una discusión tan acalorada que sacaron a San Pablo de en medio, olvidándose de que estaban allí para juzgarlo.

Así pues, se podría decir de una manera bastante informal, pero quizás didáctica, que la sagacidad es la prudencia practicada a alta velocidad.

Partiendo de estas premisas, parece perfectamente legítimo aplicar a esa virtud una división que Santo Tomás⁶ utiliza para la prudencia, siempre que tengamos en mente el siguiente matiz: la sagacidad es practicada en situaciones que exigen decisiones rápidas y sin la instrucción de otros.

Astucia, una falsa sagacidad

De entre las diversas enseñanzas de Jesús narradas por el evangelista San Lucas, encontramos la siguiente: «Los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz» (Lc 16, 8).

Al comentar esta frase, Santo Tomás expone una cuestión curiosa: ¡Nuestro Señor elogia la astucia de los hijos de las tinieblas! Ahora bien, si la sagacidad es una virtud, entonces sólo la poseen los hijos de la luz... ¿Cómo puede reconocerla el propio Dios en los que son de este mundo?

La solución a este asunto está en el hecho de que la sagacidad, en cuanto formando parte de la virtud

de la prudencia, comporta tres sentidos o niveles.

El primero de ellos, falso, se encuentra en los que viven en el pecado y consiste en disponer acertadamente sobre lo que se debe hacer, pero teniendo como fin algo ruin. Es lo que sucede cuando se dice que un ladrón es sagaz. Esta actitud no proviene de la sagacidad, sino del vicio de la astucia.

Aunque a menudo se aplica la palabra astucia para el bien, esto ocurre por analogía, de la misma forma que también se puede hablar de prudencia o sagacidad para el mal.⁷ En sentido propio, la astucia siempre se entiende despectivamente.

La astucia de los hijos de este mundo se encuentra en esa primera categoría. Por eso Jesús especifica: «con su propia gente». Es decir, si alguien es deshonesto, sus acciones tendrán fines deshonestos.

Astucia en cuanto a los bienes pasajeros

En el segundo nivel enunciado por el Doctor Angélico, encontramos la sagacidad que, a pesar de verdadera, es imperfecta. Consiste en la astucia en relación con los bienes pasajeros, y no a aquellos que se refieren a la vida eterna. Están en esa categoría, por ejemplo, los comerciantes, los generales y todos los que se valen de su prudencia para obtener éxito en sus empresas terrenales.

La narración bíblica de la primera infancia de Moisés (cf. Éx 1, 15–2, 9) nos revela que esta es una característica del alma —muy viva, por cierto— del pueblo elegido.

Por orden del faraón todos los niños varones de los hebreos debían ser arrojados al Nilo nada más nacer. La ma-



Escena de la vida de San Pablo - Basílica de San Pablo, Toronto (Canadá)

San Pablo fue un modelo luminar de prudencia, que se desdoblaba, en muestras de sagacidad incomparable

dre de Moisés, como tantas otras, quería huir de esa obligación inicua. Así, en lugar de entregar a su hijo a la muerte, lo colocó cuidadosamente en una cesta de mimbre y lo depositó entre los juncos cercanos a la orilla del río donde la hija del faraón iba con frecuencia, y dejó que María, la hermana del bebé, lo fuera observando a distancia.

Entonces sucedió que la princesa oyó al recién nacido llorando y se puso a buscarlo alrededor, encontrándolo en la cesta. María se acercó y, sin revelar su parentesco con el niño, le dijo que conocía a una mujer que podría amamantarlo. Así pues, llevó a la propia progenitora hasta la hija del faraón, quien le encargó que cuidara del niño. Gracias a la sagacidad de María, su madre tuvo a Moisés nuevamente en sus brazos, y encima recibió un sueldo!

La perfección de la sagacidad

Nos queda todavía considerar el último y más perfecto grado de esta virtud. Lo alcanza quien delibera rectamente, juzga y actúa en vista del fin último de la vida; por tanto, aquel que se vale de su prudencia para conseguir méritos y estar siempre progresando en el camino de la santidad, pues la finalidad del hombre no

es otra que «alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima».⁸

Afirma Job: «¿No es acaso mili-cia la vida del hombre sobre la tierra?» (7, 1). Así, «para ganar una batalla, al guerrero no le basta con ser fuerte, es necesario que se posea sagacidad, bien para afrontar al enemigo de cara, bien para esquivarlo con destreza».⁹ Esto que es aplicable al combate fí-sico, guarda una relación mayor, sin duda, con la conquista del Reino de los Cielos, pues no hay «inadie más astuto que el diablo para fingir!»¹⁰, y es contra él que estamos luchando.

La sagacidad se hace necesaria tanto en lo que respecta a la salvación individual del hombre como a la ejecu-

ción de los planes de Dios en el desarrollo de la Historia, pues quien ama verdaderamente al Creador querrá que Él sea alabado y glorificado por la humanidad entera, en todo el mundo.

El ejemplo de Judit

Parece esclarecedor de esta saga-cidad perfecta el ejemplo de Judit, narrado en la Sagrada Escritura.

En tiempo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, Holofernes marchó al frente de un poderoso ejército con la orden de apoderarse de todas las provincias y devastar aquellas que despreciaran los decretos reales. Sabien-do que los judíos ofrecían resistencia, se dirigió a la ciudad israelita de Be-tulia y la sitió. El pueblo, desprovisto de manutención y sin esperanzas de lograr la victoria, estaba dispuesto a capitular. En vista de esto, una viuda, inspirada por el Dios de Israel, conci-bió un plan de astucia formidable.

Durante la noche fue junto con su criada hasta el campamento enemigo. Al comunicar que era portadora de un crucial mensaje que llevaría a los paganos a la victoria, fácilmente consiguió sobrepasar las filas de soldados y entrar en la tienda del oficial asirio.

Dotada de una belleza fuera de lo común, no le fue difícil convencer a

Hay una falsa sagacidad, teniendo como fin algo ruin; hay otra imperfecta, que consiste en la astucia en relación con los bienes pasajeros



Fotos: Francisco Leceras

A la izquierda, bandidos asaltando a un viajero, Leonardo Alenza - Museo de Bellas Artes, Bilbao (España); a la derecha, hallazgo de Moisés en aguas del Nilo - Iglesia de Santo Domingo de Silos, Córdoba (España)

aquellos espíritus entregados a la impureza. Narró la situación en la cual se encontraban los judíos, que veían en aquel cerco un castigo por sus pecados. Estaban seguros de su derrota y así sería fácil conquistarlos. Como era de esperar, Judit obtuvo la confianza del general, que la invitó a que permaneciera con él en el campamento. Ella accedió, alegando únicamente que tenía por costumbre salir de noche para orar al Dios de sus antepasados, lo cual Holofernes con toda benevolencia permitió.

Ahora bien, al cuarto día, el general convocó a sus oficiales y les ofreció un banquete, en el cual todos, excepto Judit, dieron rienda suelta a su intemperancia. Después de la cena, ella se encontraba en el propio cuarto de Holofernes, que yacía sumergido en un profundo sueño, embriagado por el vino (cf. Jdt 12-13).

La suerte del pueblo israelita estaba en la decisión de aquella mujer. ¿A quién recurrir? Estaba sola. Además, debía actuar con prontitud, de lo contrario los judíos serían derrotados.

Tomó entonces la espada que estaba a la cabecera del lecho y, tras rezar interiormente para que el Dios de Israel le diera fuerzas, le asestó dos golpes en el cuello del general arrancándole la cabeza. A continuación, la envolvió en una tela y salió del cam-



Judit con la cabeza de Holofernes - Catedral de Lisboa

Siempre que la causa de Dios y nuestro destino eterno se hallen en juego, el Señor nos inspira la manera correcta de actuar

pamiento con su criada. Como esto ya era costumbre, los guardas no extrañaron nada.

Cuando llegó a Betulia, la alegría del pueblo fue inmensa al ver derrotado a su enemigo. Y mayor aún fue el te-

rror de los asirios cuando, al día siguiente, los judíos los atacaron por sorpresa, ostentando como estandarte, en lo alto de las murallas, la cabeza decapitada de Holofernes (cf. Jdt 13-15).

Todos podemos ser sagaces

Después de considerar lo que expone Santo Tomás sobre la sagacidad y contemplar admirables ejemplos de esta virtud, ciertos espíritus menos adiestrados podrían imaginar que se trata de algo imposible de ser practicado por quien da los primeros pasos en la vida espiritual. Incluso alguien pensaría: «Bastantes dificultades tengo para lidiar con los pequeños problemas del día a día... Nunca alcanzaré esa sagacidad más elevada».

Se equivoca. A todos los que están en gracia les es dada una habilidad, al menos suficiente, para todas las cosas necesarias para su salvación.¹¹ Debemos tener la certeza de que siempre que la causa de Dios y nuestro destino eterno se hallen en juego, como ocurrió con Judit o San Pablo, el Señor estará a nuestro lado para inspirarnos la manera correcta de actuar. De hecho, afirma San Juan: «La unción que de Jesús habéis recibido permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe. Su unción os enseña acerca de todas las cosas» (cf. 1 Jn 2, 27). ♦

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 49, a. 4.

² Cf. Idem, q. 48, a. 1.

³ Cf. Idem, q. 49, a. 3.

⁴ ARISTÓTELES. *Analytica posteriora*. L. I, c. 34.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 47, a. 14, ad 2.

⁶ Cf. Idem, q. 47, a. 13.

⁷ Cf. SAN AGUSTÍN. *Contra Julianum*. L. IV, c. 3, n.º 20. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1984, v. XXXV, p. 673.

⁸ SAN IGNACIO DE LOYO-LA. *Ejercicios Espirituales*. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1963, p. 203.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 13/9/1969.

¹⁰ SAN AGUSTÍN. *Sermo XCI*, n.º 4. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1983, v. X, p. 597.

¹¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 47, a. 14, ad 1.



Antonio Lutiane

La Iglesia es el centro del género humano y la entidad que la Santísima Virgen más ama en la tierra. Ahora bien, habiendo comenzado por ella el castigo predicho por Nuestra Señora en Fátima, ¿no contamos con todos los motivos para temer sus efectos sobre la sociedad civil si ésta sigue perseverando en el mal?

Plínio Corrêa de Oliveira



Hoy, 13 de mayo, debemos hacer un comentario sobre Nuestra Señora de Fátima, tema numerosas veces tratado entre nosotros y que, sin embargo, ha de ser recordado en esta fecha de especial solemnidad.

De 1917 a hoy, el mundo empeoró espectacularmente

De los múltiples aspectos contenidos en el acontecimiento de Fátima pienso que existe uno que viene muy

a propósito subrayar en el presente comentario.

En primer lugar, debemos considerar como rasgo destacado en esas apariciones, las cuales están revestidas de un carácter profético, el hecho de que Nuestra Señora le prometiera al mundo misericordia si había enmienda de vida y si se hacía la consagración pedida por Ella; y, al mismo tiempo, le amenazara con castigos si no se enmendaba y no se realizaba dicha consagración.

Este esquema esencial de las revelaciones de Fátima también es la sustancia de las profecías del Antiguo Testamento. Usan el mismo lenguaje y presentan la misma alternativa con relación al pueblo judío y sus enemigos: bendición y alabanza en caso de enmienda, castigo si no hay conversión.

Ahora bien, la amenaza hecha por la Virgen en Cova da Iria constituye, en realidad, un acto de misericordia. Ella nos advierte como una madre bondadosa que nos dice: «Hijo

mío, no quiero castigarte, pero tu actitud es tal que si perseveras en ella me veré obligada a hacerlo».

En Fátima, Nuestra Señora hizo, por tanto, una profecía siguiendo el esquema clásico. Y, transcurrido más de medio siglo de las apariciones, vemos que todo lo que la afligía en aquella época, motivando sus quejas sobre el mundo contemporáneo, no sólo no ha mejorado, sino que empeoró espectacularmente.

La crisis de la Iglesia forma parte de un castigo...

Por consiguiente, vamos camino de un castigo y no podemos dejar de concluir que la actual situación de la Iglesia forma parte de él. La Santísima Virgen prometió punir al mundo, del cual el Cuerpo Místico de Cristo es su eje: golpeando al eje, la punición hace tambalear a toda su circunferencia. La crisis que se labra dentro de la Iglesia está, sin duda, comprendida, implícita o explícitamente, en los castigos profetizados en Fátima.

Ahora bien, ¿habría estado ella prenunciada realmente en las apariciones?

Si Nuestra Señora hubiera anunciado en Cova da Iria ese castigo, ciertamente que se habría mantenido en secreto, lo que nos lleva a pensar que ese es uno de los elementos del mensaje aún no revelados. La Santísima Virgen

debe haber dicho cosas muy duras respecto de la Iglesia y del clero; y como no le dieron importancia a sus advertencias, ocurrió lo que Ella prometió.

A la vista de esto, no podemos considerar que los castigos anunciados por Nuestra Señora en Fátima están aún por realizarse, sino que ya empezaron a suceder. El proceso punitivo se desencadenó y es mucho más plausible suponer que llegue hasta el final que esperar que se detenga.

...que ha de extenderse al mundo entero

La Iglesia es una sociedad espiritual, centro del género humano, lo que hay más elevado en el orbe. Toda la Historia gira en torno a ella. Es la institución que Nuestra Señora más ama en la tierra y de su salubridad depende la del orden moral y religioso en este mundo.

De lo anteriormente dicho, destaco los dos últimos rasgos.

Si considero el primero, veo que la Virgen castigó a lo que más ama. Luego, ¿acaso llegará a perdonar al resto, que tampoco da señales de enmienda? Si la Iglesia, parte más noble y que menos debería recelar, ya está siendo punida, ¿no tendrá la parte menos noble todos los motivos para temer el castigo si persevera en el mal?

El segundo aspecto se refiere a la salubridad de la Iglesia como condi-

ción de sanidad de la sociedad. Si, en estos momentos, está pasando por una crisis sin precedentes en la Historia, ¿no cabe la posibilidad de que el mundo también se contamine?

Por consiguiente, los castigos profetizados por Nuestra Señora ya están en curso y esto nos lleva a creer aún más en el mensaje de Fátima.

Proceso punitivo que está llegando a su paroxismo

Repto esquemáticamente el raciocinio.

Primer punto: el mensaje de Fátima es una profecía, no oficial, como las del Antiguo Testamento o del Apocalipsis, pero con todas las características de una profecía auténtica. Contiene la denuncia de un estado altamente censurable, una invitación amorosa a abandonarlo, una amenaza y la previsión de un castigo si la situación no cambia.

Segundo punto: este mensaje, en lo que de público tiene, no habla —o al menos no lo aborda de manera precisa— de un castigo para la Iglesia, sino para el género humano. A cierta altura dice que el Papa sufrirá mucho; sin embargo, no atribuye la causa de esos sufrimientos a los pecados de la Iglesia.

No obstante, sabiendo que la profecía tiene partes secretas, se nos plantea una indagación: ¿Nuestra Señora

La crisis que se labra dentro de la Iglesia está, sin duda, comprendida, implícita o explícitamente, en los castigos profetizados en Fátima

El Dr. Plinio rezando ante la Sagrada Imagen, a mediados de la década de 1970



habrá revelado ahí ese castigo? Ciertamente sí, pues es natural que quien anuncia la punición del mundo, hable del aspecto peor de esa punición.

Luego todo conduce a creer que el castigo de la Iglesia sea uno de los elementos centrales de la profecía de Fátima. Y, si esto es verdad, ésta ya ha empezado a cumplirse; lo que nos lleva a preguntarnos: ¿Hay razones para esperar que el proceso punitivo se detenga?

Ahora bien, si ese proceso está llegando a un paroxismo en relación con la parte más noble y más amada por Nuestra Señora, ¿por qué no iba a llegar también al auge con respecto de la parte menos noble y menos amada, como es la sociedad civil? Tanto más que la sociedad civil —enormemente amada por María Santísima, pero menos que la Iglesia— no se ha enmendado; al contrario, persevera en el pecado.

Cuando la Iglesia está en un estado insalubre, el mundo se vuelve igualmente insalubre; y la situación del mundo ha llegado hasta el punto de prenunciar una convulsión suprema. Si el castigo ya ha comenzado en la Iglesia, es inevitable que, más pronto que tarde, alcance a la sociedad civil, pues quien golpea a un árbol en su raíz acaba sacudiendo al árbol entero.

Alegria porque, al fin y al cabo, el Reino de María llegará

Alguien me podría decir: «Dr. Plinio, no lo entiendo... Hoy, día de Nuestra Señora de Fátima, conmemoramos la ternura y el afecto de nuestra Madre. Y en lugar de tratar sobre ello usted nos plantea un análisis seco de su mensaje, que nos atormenta y estremece. ¿Así es como se le festeja a una Madre?».

A esta objeción, respondo lo siguiente: «¿Existe una manera mejor de festejar a un profeta que la de pronunciar un acto de fe en su mensaje?». La Santísima Virgen reveló todo esto por amor, dándonos la po-



Inmaculado Corazón de María - Iglesia de San Benedetto in Piscinula, Roma

La profecía contiene la denuncia de un estado censurable, una invitación a abandonarlo y la previsión de un castigo si la situación no cambia

sibilidad de contemplar a Dios como Regidor de toda la Historia y de admirar sus elevados designios, seguros de que, incluso cuando permite el mal, lo hace para su mayor gloria. Hay mil y una razones que no caben en el espacio de una conferencia para deleitarnos con esa visión y adorarlo.

Ya que Nuestra Señora ha hablado, no hay mejor acto de reconocimiento a sus amorosas palabras que procurar entenderlas y tomárnoslas en serio. Por eso una celebración seria del día de Fátima debe incluir un análisis serio de la profecía.

Ojalá nos dé la Santísima Virgen a cada uno de nosotros gracias para que ese análisis fructifique en la alegría, entusiasmo y espíritu de desprendimiento que derivan de la certeza del cumplimiento de sus profecías. La perspectiva de esa realización no atormenta, no aterroriza, ni siquiera induce a una fría indiferencia: por el contrario, llena el alma de contento.

Hay una forma de celo por la ley y por la gloria del Altísimo que hace sentir alivio al ver que, al fin y al cabo, el Dios de las venganzas se está acercando y vencerá, el Reino de María llegará. Esta es la única alegría capaz de llenar por completo el alma del contrarrevolucionario que abnegó completamente de sí mismo.

Esto es lo que les deseo a todos en esta fecha. ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:

Dr. Plinio. São Paulo. Año XXI. N.º 242 (mayo, 2018); pp. 19-21.

¹ El Dr. Plinio usaba esa expresión para referirse a la forma de devoción propugnada por San Luis María Grignion de Montfort, que consiste en practicar todas las acciones con María, en María, por María y para María. La fidelidad a esa devoción es fuente extremadamente rica de nuevas gracias y tiene como fruto principal establecer la propia vida de la Santísima Virgen en el alma.

Los pastorcitos de Fátima y el Secreto de María

El Inmaculado Corazón de María triunfó sobre Francisco y Jacinta, transformándolos en intercesores naturales para pedir que el Reino de Ella comience ya en nuestras almas.

Las sucesivas apariciones de Nuestra Señora en Cova da Iria transformaron suavemente a los tres pastorcitos. Y algo parecido ocurre con quienes se abren al Secreto de María.¹

Dicha devoción produce una de esas profundas acciones de la gracia que se desarrollan sin que uno se dé cuenta enteramente. El alma se va sintiendo cada vez más libre y desembarazada para practicar el bien; los defectos que la atan al mal se van disolviendo poco a poco. Crece en amor a Dios, crece en voluntad de dedicarse, crece en oposición al pecado; y todo esto sucede de forma maravillosa en su interior.

El alma tocada por el Secreto de María no libra las grandes, metódicas y admirables batallas para crecer en santidad y alcanzar el Cielo propias a aquellos que luchan de acuerdo con el sistema clásico de la vida espiritual. Es Nuestra Señora quien la transforma de un momento a otro.

Considerando cómo María Santísima actuó en Fátima —especialmente con Jacinta y Francisco, llamados enseguida al Cielo—, podemos preguntarnos cómo actuará sobre la humanidad en su conjunto cuando se cumplan las promesas allí hechas; y nos es lícito prever que se realizarán de un modo similar.

Por consiguiente, en la transformación obrada en el alma de los dos niños debemos ver, creo yo, uno de los múltiples inicios del Reino de María —porque las obras enormes tienen muchos comienzos— y un símbolo de las transformaciones profundas que marcarán esa era de la Historia.

El Inmaculado Corazón de María triunfó sobre dos almas predicatoras de su gran revelación, las cuales, mediante los sacrificios y oraciones realizados en la tierra y por las oraciones que hoy hacen desde el Cielo, ayudaron y ayudan a las almas a aceptar el mensaje de Fátima.

Francisco y Jacinta son, en consecuencia, los intercesores naturales para pedir que el Reino de María empiece ya en nuestras almas, por la acción misteriosa del Secreto de María. Debemos suplicarles con insistencia, a ambos, que nos hagan partícipes de los dones que ellos recibieron y que velen especialmente sobre aquellos cuya misión es predicar el mensaje de Fátima y vivir en función de él. ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:

*Dr. Plinio. São Paulo. Año XVI.
N.º 179 (feb, 2013); pp. 28-30.*



Lucía, Francisco y Jacinta - Parroquia matriz de Fátima (Portugal)

Gustavo Keil

Un mensaje profético

Nos encontramos en un momento decisivo de la Historia en el cual Dios nos señala dos caminos: uno para los que quieren entrar en el Reino de su Madre Santísima; otro para los que prefieren continuar viviendo en el reino hecho de pecado.



P. Fernando Néstor Gioia Otero, EP

De entre las distintas apariciones de la Santísima Virgen a lo largo de la Historia destacan las ocurridas en 1917 en Fátima, Portugal, por su marcado carácter profético.

«Ella vino en persona —comenta Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio— para recordar verdades olvidadas, como la existencia del Infierno, y para amenazar a los hombres con horribles castigos si no recondujeran sus vidas por el camino de la justicia. [...] Nuestra Señora quiso hablar al comienzo de un siglo que se caracterizaría por el silencio de los que debían gritar o, peor aún, por la omisión de los que, conociendo la verdad, tratarían de oscurecerla, porque sus obras eran malas (cf. Jn 3, 19)».¹

Previsiones fielmente cumplidas

Si releemos las previsiones contenidas en ese mensaje nos quedaremos impactados al comprobar cómo gran parte de ellas se han cumplido exactamente según lo anunciado.

Analicemos, por ejemplo, algunos fragmentos del texto que se le conoce como «la segunda parte del secreto de Fátima», revelado en la aparición del 13 de julio.²

«La guerra va a terminar», dice la Virgen refiriéndose a la Primera Guerra

Mundial, en curso durante las apariciones y que, de hecho, acabó en noviembre del año siguiente, «pero si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XII, empezará otra peor». Esto se cumplió con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, anticipada por la anexión de Austria y parte de Checoslovaquia en 1938.

Aunque lo indicado por la Santísima Virgen no fue únicamente el contexto temporal en el que el conflicto se desencadenaría, sino también la manera en la que sería presagiado: «Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida sabed que es la gran señal que Dios os da de que castigará al mundo por sus crímenes». Se trata de la aurora boreal que iluminó los cielos de Europa la noche del 25 de enero de 1938, considerada por sor Lucía, única de los pastorcitos viva en la época, como la señal prometida por la Madre de Dios.

Al final, Ella enumeró las características del castigo: «Por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre». Y mostró el camino para evitarlo: «Vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los primeros sábados», añadiendo: «Si atienden mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, espaciará sus errores por el

mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia».

Como sus exhortaciones no fueron satisfechas, el comunismo se apoderó de Rusia unos meses después de esa aparición, llevando a la muerte a millones de seres humanos.

Anuncios por realizarse

Mucho de lo que fue predicho ya se ha cumplido, como hemos podido comprobar. Sin embargo, otros vaticinios aún no se han realizado o se han verificado en parte. Consideremos algunas de esas previsiones:

«El Santo Padre tendrá que sufrir mucho». Misteriosas palabras sobre las cuales no sabemos qué decir. Podrán ser motivo de elucubraciones en otra oportunidad.

«Varias naciones serán aniquiladas». Hasta el momento no lo hemos visto. Aunque no deja de ser preocupante la incidencia en los últimos tiempos de tantas catástrofes en distintos lugares del globo terrestre: la pandemia del COVID-19, terremotos, inundaciones, intensas nevadas, incendios, ciclones, plagas de insectos, etc. Tememos que tales fenómenos sean un comienzo de los acontecimientos previstos.

En enero de 1944 sor Lucía tuvo una visión sorprendente mientras rezaba ante el Santísimo Sacramento:



Lucía, Francisco y Jacinta
Fátima (Portugal)

Muchas de las profecías ya se han cumplido. Pero otros vaticinios aún no se han realizado o tan sólo se han verificado en parte

«Montañas, ciudades, pueblos y aldeas con sus habitantes son sepultados. El mar, los ríos y las nubes salen de sus límites, se desbordan, inundan y arrastran consigo, en un remolino, casas y gente en número que no se puede contar. Es la purificación del mundo por el pecado en el que está inmerso. ¡El odio, la ambición provocan la guerra destructora!».³

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Maria Santíssima! O Paraíso de Deus revelado aos homens. Maria, eixo da História*. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2020, v. III, p. 112.

² Las referencias a esta parte del secreto usadas en el presente artículo han sido sacadas de: SOR LUCÍA. *Memórias*. 13.^a ed. Fátima: Secretariado dos Pastorinhos, 2007, p. 177.

«Guerras»: el peligro de que estalle una guerra nuclear de ámbito mundial no está muy lejos de la realidad.

«Persecuciones a la Iglesia»: se suceden incesantemente noticias al respecto, que parecen ser tan sólo el comienzo.

Camino de esperanza en medio de la catástrofe

El mensaje de Fátima es una profecía —no oficial, pero auténtica—, con todas sus características. Si tuviéramos que resumirlas en pocas palabras, nos bastarían cinco: anuncio, petición, advertencia, castigo y premio. Es decir, la denuncia de un mundo dominado por el pecado; la petición de que los hombres renuncien a él; la proclamación de una nueva era histórica, que vendrá solamente después de la penitencia y la conversión de los hombres.

En ese panorama de avisos amenazadores, se abre un camino de esperanza al oír su firme y maternal promesa: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará» y «será concedido al mundo algún tiempo de paz».

Se trata de la grandiosa era histórica profetizada por tantos santos, principalmente por San Luis María Grignon de Montfort: «¿Cuándo llegará ese tiempo feliz en el que la excesiva María sea establecida como Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su grande y único Jesús? ¿Cuándo respirarán las almas a María como los cuerpos respiran el aire? Cosas maravillosas sucederán entonces en este pobre mundo».⁴

En esa época bendita, el Cielo se unirá a la tierra, los infiernos serán derrotados y los ángeles se unirán a los hombres para cantar: «¡Gloria a María en su Reino, pues su Inmaculado Corazón triunfó!».

«Será el reinado de la clemencia, de la piedad y de la dulzura de Nuestra Señora [...]. Así como en los días actuales se inhala en cualquier parte el hálito pestilente e inmundo de la Revolución, caracterizado por la rebelión, por el igualitarismo y por la sensualidad desbocada, durante el Reino de María se respirará el suave perfume de la presencia y de las virtudes de la Reina celestial, sea en las almas y en los ambientes, sea en las costumbres e incluso en las civilizaciones».⁵

¿Elegiremos el Reino de María o el reino del pecado?

Nos encontramos en un momento decisivo de la Historia en el cual Dios nos señala dos caminos: uno para los que quieren entrar en el Reino de su Madre Santísima; otro para los que prefieren continuar viviendo en el reino hecho de pecado.

Quienes desean formar parte del Reino de María deben oír a los auténticos portavoces de la Virgen Santísima y seguir sus consejos, con un corazón renovado. Estos entrarán por el camino de la salvación.

Para ellos les está preparado un reino de pureza y de bondad, emanadas del maternal Corazón de la Madre de Dios; un reino de gran esplendor, tanto en la sociedad temporal como en la Iglesia, por la abundancia de las gracias derramadas por el divino Espíritu Santo. ♦

³ SOR LUCÍA. *O meu caminho*, apud CARMELO DE COIMBRA. *Um caminho sob o olhar de Maria. Biografia da Ir. Maria Lúcia de Jesus e do Coração Imaculado*, OCD. Coimbra: Edições Carmelo, 2013, p. 267.

⁴ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 217.

⁵ CLÁ DIAS, op. cit., p. 123.



SAN BERNARDINO DE SIENA

Voz para un mundo en declive

Cuando parecía que «se había acabado el vino» de la virtud y de la gracia, y la cristiandad, decadente, miraba al paganismo, una figura especialmente elegida se levantó, señalando a aquel que puede solucionarlo todo.

Hna. María Beatriz Ribeiro Matos



Através de las sinuosas calles de Siena caminaba un niño. La ciudad, ocupada en sus quehaceres e intrigas, ni lo notaba. Este muchacho, de porte mediano y varonil, semblante agradable y mirada alegre, tiene bastantes amigos que lo estiman; sin embargo, andaba solo. O, por lo menos, pensaba que estaba solo... Un poco más atrás, escondida entre las casas, una mujer sigue sus pasos. Su fisonomía contrasta con la del joven, pues camina aprensiva, como si estuviera a punto de toparse con algo indeseable.

Sí, Tobia estaba preocupada. Ama a aquel chico como a un hijo. Aunque eran primos, una gran diferencia de edad los separaba; y ella lo había visto crecer. Hijo de la noble familia de los Albizzeschi, Bernardino había perdido a su madre cuando tenía cerca de 3 años y ni siquiera había cumplido los 6 cuando falleció también su padre; entonces se hicieron cargo de él sus tíos (Diana, Pía y Bartolomea) y su prima Tobia, que lo cuidaron y educaron con todo esmero.

Bernardino siempre había sido muy recatado y sus tutoras se esforzaban para que el ambiente en el cual transcurría su infancia no mancillara su inocencia. El niño correspondió a ese desarrollo; y a su piedad natural se le agregó la virtud. Sin embargo, el tiempo pasaba y ya había llegado a la adolescencia. Sus tíos y su prima temían por él. Constantemente le alertaban sobre los peligros del pecado y las malas tendencias que, a lo largo de los siglos, habían pervertido a los jóvenes.

No obstante, cierto día, contestando a sus advertencias, Bernardino dejó sorprendida a Tobia al comunicarle:

—De hecho, estoy embelesado por una dama muy noble. Daría mi vida para regocijarme con su presencia; y no dormiría por la noche si el día pasara sin haberla visto.

Unos días después, Bernardino volvió a hablar del tema:

—Me voy ahora a ver a mi hermosa amiga.

—Pero ¿quién es? ¿Dónde vive? —le preguntó Tobia.

—Más allá de la Puerta Camollia. Como no le pudo sacar más información y se quedó intrigada, entonces decidió espiarlo. Y fue tras él cautelosamente, de esquina en esquina, tratando de no ser vista.

Al llegar, finalmente, a la Puerta Camollia, Bernardino se detuvo y, ante la Virgen Asunta al Cielo, allí representada en una bella pintura, se arrodilló. Lo que él le dijera, Tobia ciertamente nunca lo supo, pero el fervor y admiración que su semblante transmitía dejaban entrever que aquella convivencia era más del Cielo que de la tierra. Luego se levantó y regresó a casa.

Tobia, siempre a escondidas, volvió a seguirlo durante varios días, sintiéndose siempre edificada. Hasta que logró que su primo declarara quién era la noble dama de la que hablaba:

—Madre —le respondió—, ya que me lo pedís, os diré el secreto de mi corazón. Estoy apasionado por la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios; siempre la amé, por Ella tengo abrasado el corazón y a Ella es

a quien deseó ver. En Ella quería fijar siempre mi mirada con la veneración que le es debida.

La aurora de una vida bajo el auspicio de la Madre de Dios

Si grande era el cariño de Bernardino por la Santísima Virgen, más excelente era el de aquella que lo había amado primero. Sí, pues antes incluso de que el conocimiento de ese niño se abriera a las cosas del mundo, antes de que sus ojos se encantaran con la Creación, antes de que su lengua inexperta balbuceara las primeras palabras, María lo había elegido para sí.

No tardó mucho en aflorar una duda en su corazón juvenil: ¿Cómo se dedicaría a Ella? ¿En qué estado de vida lo quería? Entonces fue cuando la peste, tan temida e indeseable, llamó a las puertas de Siena. Bernardino, con tan sólo 17 años, se aplicó heroicamente a auxiliar a los enfermos. Cuatro meses más tarde, agotado por sus esfuerzos, él mismo fue víctima de la peste y parecía que su fin estaba cerca. Sin embargo, contra toda expectativa, su salud se restableció.

¿Qué hacer con esa vida que María le había devuelto?, seguía preguntándose. La religión le atraía sobremanera; ¿sería esa la voluntad de Dios? Lleno de fervor juvenil —tan a

menudo contrario a la prudencia y al «sentido común»—, Bernardino intenta la vida de ermitaño. Con su característico humor, narraría más adelante esa insólita experiencia:

«Deseo contaros el primer milagro que realicé; ocurrió antes de hacerme fraile [...]. Me vino la voluntad de querer vivir como un ángel y no como un hombre. Pensé marcharme a un bosque; y me preguntaba a mí mismo: “¿Qué harás tú en un bosque? ¿De qué te alimentarás?”. Y respondiéndome también a mí mismo, me decía: “Bueno, haré lo que hicieron los Santos Padres; comeré hierba cuando tenga hambre y beberé agua cuando tenga sed”. [...] Y, tras invocar el nombre de Jesús bendito, me llevé a la boca un puñado de hierbas amargas y empecé a masticarlas. Masticó, masticó, pero no quieren bajar. Al no poder tragármelas, me dije: “Bebamos un sorbo de agua”. ¡Vaya!, el agua descendía, pero las hierbas se quedaban en la boca. Total, bebí bastantes sorbos de agua con un bocado de hierba y no lograba tragárla».¹

Desistiendo de la vida solitaria, al haber entendido de que esa no era la vía a la cual lo destinaba la Providencia, sus ojos se dirigieron hacia los Frailes Menores. Se entusiasmó por su Regla y el llamamiento divi-

no se confirma en un sueño; se despoja de los honores de su sangre y de los bienes terrenales y toma el hábito de San Francisco: era el 8 de septiembre de 1402, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora y fecha en que cumplía 22 años.

De esta manera, siempre bajo el manto protector de la Reina de los Cielos, fue como dio grandes pasos en su vida, según lo contaba él mismo:

«Nací el día de la Natividad de la Bienaventurada Virgen, y el mismo día [...] renací, al entrar en la Orden del Seráfico Padre Francisco; en ese día profesé los votos en la Orden, en ese día celebré la primera Misa y le hice el primer sermón al pueblo sobre la Bienaventurada Virgen, de cuyo amor y gracia espero en ese día también marchar de esta vida».²

Incansable dedicación y celo por las almas

En cierta ocasión, el joven franciscano fue a asistir a una predicación de San Vicente Ferrer, cuyas palabras saudían a las multitudes, señalándoles la displicencia y el paganismo en los que la cristiandad se estaba hundiendo. El día anterior, Bernardino había hablado personalmente con el dominico y había salido lleno de gratitud



Fotos: Reproducción

Su incansable celo edificará y convertirá a multitudes en Italia, inmersa por entonces en el neopaganismo renacentista

San Bernardino de Siena quema libros malignos - Museos Vaticanos, Roma.

En la foto anterior, San Bernardino de Siena, por Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia

y consuelo. Y San Vicente, habiendo discernido el llamamiento de su interlocutor, previó durante el sermón el futuro que le aguardaba:

«Oh hijos míos, está en esta reunión un religioso de la Orden de los Frailes Menores que, en breve, será un hombre ilustre en toda Italia; su palabra y sus ejemplos producirán grandes frutos entre el pueblo cristiano. Os exhorto, pues, a dar gracias a Dios; roguemosle, todos juntos, que cumpla lo que me reveló».³

Pasaría un tiempo hasta que la profecía se cumpliera. Durante muchos años estuvo Bernardino escondido en las brumas del anonimato. En el silencio del convento, subió los peldaños de la virtud y del conocimiento, para después, sobre el púlpito, transmitir no solamente la doctrina, sino irradiar la santidad. Y ésta de tal manera movía a las multitudes que «*concurrebant ad ecclesias instar formicarum*».⁴

Su incansable celo edificaría y convertiría en Italia a muchedumbres, país por entonces inmerso en el neopaganismo. Del 1419 al 1422 su voz resonaría en Lombardía, acentuadamente en Bérgamo, Como, Mantua, Cremona, Placencia y Brescia. En cada ciudad se detenía unas semanas para enseguida buscar, a pie, en la localidad vecina, almas a quienes hacer el bien.

Método vivo y original de mover los corazones

En el púlpito, su genialidad y virtud se unen para atraer a los pecadores a la amistad con Dios. Se cuenta que, por ejemplo, al llegar a Perugia, en Umbría, se encontró con un pueblo indiferente a los asuntos de la fe, afecto a continuas y feroces guerras intestinas. A pesar de que muchos compreñían a sus predicaciones, fray Bernardino no se daba por satisfecho. Un día, ante el público reunido, anunció:

—Queridos habitantes de Perugia, en poco tiempo les mostraré al diablo.

Encendida la curiosidad... el auditorio se multiplicó al día siguiente.

Y al cabo de unos días más el predicador declaró:

—Voy a cumplir mi promesa y les voy a mostrar no sólo a un demonio, sino a varios.

Todos fijaban la mirada en él, atentos, imaginando qué profundidades habrían de abrirse para que el padre de las tinieblas se volviera visible.

—Miraos unos a otros —prosiguió fray Bernardino— y veréis demonios!

Y en un tono de extrema gravedad, que no admitía broma alguna, el santo le advirtió al pueblo que practicaba las obras de Satanás y, por ello, merecía ser llamado hijo suyo. Finalmente, la gracia, conducida por fray Bernardino, tocó el corazón de aquella gente y la conversión fue completa.

¡Con un hombre de Dios no se juega!

Años después, no obstante, la discordia y la violencia reinaban nuevamente en la ciudad y el santo franciscano volvía allí.

—Dios ha visto vuestras disensiones, que detesta —dijo, subiendo al púlpito—, y me ha mandado a vosotros, como ángel suyo, para hablarles a los hombres de buena voluntad.

Cuatro sermones se suceden y Bernardino lucha para reconciliar a aquellas almas. El último día, concluye solemnemente:

—Que todos los hombres de buena voluntad, deseosos de paz, se pongan a mi derecha.

El pueblo, conmovido, se desplazó en masa hacia la derecha del santo. Todos, excepto uno que, desafinante, se mantuvo solo con su familia a la izquierda. Entonces el humilde franciscano muestra que su celo también lo transformaba, ante la necesidad, en un juez implacable.

—Hete ahí —le dijo al infeliz—, obstinado en tu error. Te exhorto, en nombre de Dios, una vez más, a perdonar a los otros, de corazón, lo que puedan haber hecho contra ti y tu familia.

Si no me escuchas, puedes estar seguro de que no regresarás a casa vivo.

Ahora bien, con un hombre de Dios no se juega... Aquel desgraciado no desistió de su mala conducta y nada más llegó a su casa, murió, sin recibir los sacramentos de la Iglesia.

Al nombre de Jesús, toda rodilla se doblará... incluso en el Renacimiento

Muchos de los sermones de San Bernardino se han conservado para la posteridad. En estilo fácil, atractivo, repletos de metáforas y ejemplos, permiten reconstituir el ambiente que se creaba a su alrededor y, en cierto modo, sentir la gracia que sobre él flotaba. Sermones que fueron escenario de una gran batalla, a la cual el santo franciscano se dedicaría de cuerpo y alma.

De hecho, al pasar las páginas que componen la historia de San Bernardino no podemos desconsiderar la difícil coyuntura en la cual se encontraba el mundo y cómo la humanidad tomaba un rumbo completamente opuesto a lo que la Iglesia le había indicado a lo largo de los siglos. Dando la espalda a la sangre que lo había redimido y embriagándose con las cosas de la tierra hasta el punto de olvidarse del Cielo, los hombres volvían a emborracharse con el «vino viejo» del paganismo. Era el brillante, pero en muchos aspectos reprochable, Renacimiento que estaba llegando. Se expulsaba a Dios de su trono y en su lugar se sentaba el hombre.

Los frutos de tal inversión de valores no se hicieron esperar: discordias y guerras, inmoralidades y desvaríos empezaron a formar parte de lo cotidiano. Faltaba alguien que, como la Virgen María en las bodas de Caná, le indicara a la humanidad: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5), y la recondujera a Jesús. Ese fue el papel verdaderamente mariano de San Bernardino.

Por ejemplo, reinaban grandes desacuerdos políticos entre los habitantes

de Venecia, como, por cierto, en muchas ciudades de la península Itálica. Las casas eran identificadas por un azulejo con el nombre o las armas de la familia, el cual también indicaba el partido de sus moradores. Cuando fray Bernardino pasó por allí, su corazón inflamado proclamó a todos el nombre de Cristo y los venecianos, conmovidos, cambiaron las marcas de la discordia por un azulejo con el Santísimo Nombre de Jesús.

Y así, recorriendo las ciudades, fray Bernardino dejaba atrás de sí el nombre de Jesús marcado en los hogares y, sobre todo, grabado en los corazones.

Acusado de herejía...

El antiguo enemigo no podía quedarse inactivo mientras el santo franciscano le arrancaba de las manos tantas almas. Y he aquí que, en Roma, acusan a fray Bernardino de herejía. ¿Herejía? Sí, pues hubo quien quiso ver aspectos de idolatría en su forma de venerar el nombre de Jesús.

El Papa Martín V convoca al ilustre predicador para que dé explicaciones en la Ciudad Eterna. El momento es de gran commoción, especialmente para los católicos italianos, que tanto habían recibido de fray Bernardino. Todos parecen temer, menos él. Muchos de los que antes lo aplaudían, ahora lo ultrajaban.

Un día, al ver con admiración cómo, después de recibir grandes insultos, él se recogía para estudiar calmamente en su cuarto, respondió: «Cada vez que entro en mi celda, todas las injurias quedan afuera; ningún ultraje se atreve a entrar conmigo, de manera que no me supone ningún impedimento ni me causan disgusto».⁵

Para defender el honor de su maestro ofendido, un discípulo suyo, también renombrado predicador, comparece en la Ciudad Eterna, portando un



Francisco Leceras

Finalmente, la victoria de San Bernardino fue completa

San Bernardino, por el Maestro de Osma
Museo Lázaro Galdiano, Madrid

ostensivo estandarte en el que se lee el nombre de Jesús: se trata del audaz capuchino San Juan de Capistrano. Finalmente, ambos comparecen ante el pontífice y se procede a un debate entre ellos y sus opositores. La victoria de Bernardino, o mejor, de Jesús, es completa; el Papa, en reparación, ordena una procesión en honor a su Santísimo Nombre, que a partir de entonces pasa a figurar en lo alto de las iglesias y en los tejados, también en Roma.

Últimos esfuerzos, dedicación completa

Incluso sintiendo que su fin ya estaba muy próximo, fray Bernardino no descansa. Al contrario, sediento de almas, va en busca de aquellas que su caridad aún no había logrado alcanzar y a quienes trataban de disuadirlo de ello les respondía: «No ignoro que estoy viejo y poco apto a soportar el cansancio; sin embargo, el amor que me urge me obliga, mientras pueda mo-

ver la lengua, a no dejar nunca de anunciar la Palabra de Dios, a exhortar a las poblaciones y, para esta obra, emprender viajes, aunque fueran a tierras lejanas».⁶

El reino de Nápoles es su próximo destino. El 30 de abril de 1444 deja Siena secretamente. En el camino se despide de la vieja ciudad de Perugia, de donde parte para visitar por última vez el convento de Santa María de los Ángeles, de Asís. En Espoleto empiezan a faltarle las fuerzas. Cuando llega a Cittaducale, en la frontera con el reino napolitano, Bernardino sube por última vez a un púlpito. En Áquila es obligado a descansar en el monasterio franciscano.

Y entonces, con 64 años, de los cuales cuarenta y dos como religioso y, al menos, veinte como predicador, fray Bernardino entrega su bella alma a Dios. Habría querido morir en la fiesta de la Natividad o de la Asunción, pero Jesús le pidió la renuncia a ese santo deseo. Era la víspera de la Ascensión del Señor.

Sin duda, en el Cielo Bernardino le decía a Dios las palabras que sus hermanos cantaban piadosamente en la capilla al rendirle sus últimos homenajes: «Padre mío, di a conocer tu nombre a los hombres que me diste, y ahora ruego por ellos, no por el mundo, pues vengo a ti. Aleluya».⁷ ♦

¹ SAN BERNARDINO DE SIENA. *Le prediche volgari*. Siena: Tip. Edit. all'insegna di S. Bernardino, 1884, v. II, pp. 351; 353.

² THUREAU-DANGIN, Paulo. *São Bernardino de Sena. Um pregador popular na Itália da Renascença*. Petrópolis: Vozes, 1937, p. 27, nota 14.

³ Ídem, p. 37.

⁴ Ídem, p. 55. Del latín: «Acudían a las iglesias como hormigas».

⁵ Ídem, pp. 101-102.

⁶ Ídem, p. 248.

⁷ Ídem, p. 254.

Guerra de exterminio entre ángeles y demonios

Esa «guerra civil» en pleno Paraíso se nos presenta como un acontecimiento envuelto en las brumas del misterio. Querer reconstruirla parece una utopía teológica... ¿Pero no será eso precisamente lo que hace que el desafío sea tan apasionante?

Marcelo Soares Teixeira da Costa



Fl trabajo de historiador a menudo parece resultar ingrato.

En este género de estudio es habitual encontrarse con fuentes incongruentes, documentos incompletos, dañados o incluso dudosos. A veces no hay más remedio que acudir a la estimación y a la deducción, recursos que suelen convertirse más bien en un pálpitó o coronada...

No obstante, hay que admitir que cuanto más arduo se vuelve desvelar los acontecimientos remotos, cuanto más fino es el esfuerzo mental empleado en aquellos indicios vagos, a fin de unirlos y darles sentido, mayor es aún la alegría de encontrar la verdad. Cuanto más intrincado es el misterio, más meritorio es el descubrimiento.

Quien enfrentó el desafío

Da la impresión de que algo similar debe haber ocurrido con los Padres, doctores y exegetas al intentar reconstruir lo que pasó en los comienzos del mundo angélico. ¿Cómo delinean hechos ocurridos incluso antes de la creación del hombre y con seres de una naturaleza diferente a la nuestra? ¿Qué documentos pesquisar? ¿A qué testigos recurrir?

La única fuente enteramente creíble de la que disponían era la Biblia, extremadamente parca al tratar el asunto.

Podrían añadirse a ella los relatos contenidos en los apócrifos del Antiguo Testamento. Textos por cierto muy bellos, ricos en detalles impresionantes, no obstante, demasiadamente imaginativos y que la Iglesia no reconoció como canónicos.

Los santos acabaron por admitir, cada uno por su lado, la imposibilidad de llegar a algo concluyente en esa materia, y buena parte de lo que oímos en nuestras clases de catecismo con respecto al pecado de los ángeles y de la gran batalla que se siguió, el *Prælium Magnum*, no pasa de meras hipótesis —bien entendido, sólidamente fundamentadas— que, sin embargo, no son unánimes y tampoco constituyen materia de fe.

Por lo tanto, esa «guerra civil» ocurrida en pleno Paraíso se nos presenta como un acontecimiento envuelto en las brumas del misterio y de la duda. Reconstruirla de manera definitiva es propiamente una utopía teológica... ¿Pero no será eso precisamente lo que hace que el desafío sea tan apasionante?

El campo de batalla

Para esbozar cualquier hecho histórico, una de las primeras preguntas que debemos hacernos es: *¿dónde ocurrió?*

Santo Tomás de Aquino¹ sustenta que los ángeles fueron creados en un espacio físico. Como los puros espíritus gobernan el universo visible y poseen dominio sobre la materia, era conveniente que Dios los creara en el lugar corpóreo más sublime, para que desde allí ejercieran su poder.

El centro de operaciones de los ángeles es descrito, entonces, como una región maravillosa, libre de corrupción, repleta de luz. Su nombre es Cielo empíreo, es decir, Cielo ígneo, no debido al calor del fuego, sino a su resplandor.²

Número de combatientes

Un dato crucial para poder reconstruir el escenario de una batalla es el número de guerreros.

El libro de Daniel enumera «miles y miles» y «centenares de miles» los que asisten ante el trono de Dios (cf. Dan 7, 10). Esa cifra, que puede parecernos una hipérbole, fue vista por los Padres de la Iglesia de manera distinta. San Cirilo de Jerusalén³

cree que la exageración haya sido, en realidad, ¡para menos!

Estima que la parábola del Buen Pastor, el cual abandona a noventa y nueve ovejas y sale en busca de la única que se perdió, hace alusión al Verbo de Dios que, «abandonando» la convivencia con los ángeles del Cielo, viene a la tierra para salvar al género humano. Por tanto, la humanidad entera, desde Adán hasta el fin de los tiempos, estaría con respecto al mundo angélico en una proporción de uno sobre noventa y nueve. Y esto, ¡contando solamente con los ángeles fieles!

Acontecimiento anterior a la humanidad

Con relación al *cuándo*, la Iglesia jamás se ha pronunciado acerca del momento exacto en el que surgió la milicia celestial. Los Padres y doctores plantean varias suposiciones. No obstante, es notorio su cuidado en no desmentir a quienes, tras un celoso análisis, intentaron establecerlo.

San Agustín,⁴ por ejemplo, enmarca la creación de los ángeles en el primer día de la obra de Dios narrada en el Génesis, fundándose en los siguientes versículos del texto sagrado: «Dijo Dios: “Exista la luz”. Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla» (Gén 1, 3-4).

El santo obispo de Hipona interpreta el término «luz» como una mención a los puros espíritus. En el primer día, Dios crea a los ángeles y ve que todos son buenos —sería absurdo imaginar que los demonios fueran malos desde el principio, porque Dios no puede ser la causa del mal⁵; a continuación, separa «la luz de la tiniebla», significando el pecado y la expulsión de los demonios.

Desde sus comienzos, definidos en función de la lucha

Es interesante destacar que la narrativa de la creación de la luz viene

Reproducción



La caída de los ángeles rebeldes - Les Très Riches Heures du Duc de Berry, Castillo de Chantilly (Francia)

Si los ángeles malos no hubieran puesto obstáculo a su moción rumbo al bien, todos se definirían para siempre en favor de Dios

seguida inmediatamente de su separación de las tinieblas. Este pequeño detalle posee un sentido muy profundo, que puede ser comprendido por las palabras de San Juan en su primera Carta: «El diablo peca desde el principio» (3, 8).

De las explicaciones de Santo Tomás⁶ sobre el tema, se desprende que, en el primer instante de su existencia, los ángeles se conocieron a sí mismos y constataron que eran meras criaturas, distintas del Todopoderoso. Este acto inicial fue acompañado de un movimiento natural hacia el bien.

Ahora bien, sabemos que la voluntad angélica es tal que no comporta las vacilaciones y arrepentimientos a los que nosotros los hombres estamos acostumbrados. A partir del momento en que un ángel adhiere a algo, jamás se retractará de la actitud que ha tomado.

Si los ángeles malos no hubieran puesto *inmediatamente* obstáculo a su moción rumbo al bien, todos se definirían para siempre en favor de Dios, y no pecarían. Luego no pudo haber existido un intervalo entre la creación y la prueba. En el instante siguiente a la aparición de los ángeles era preciso que ya se hubiera dado el lance que determinó su destino eterno.

De esta forma, es justo afirmar que el primer acto del libre albedrío angélico fue el de alistarse en el escuadrón de Dios o en el de sus enemigos, y que la lucha estuvo vinculada a su naturaleza desde el comienzo.

Ahora, se trata de descubrir qué los llevó a tal definición.

La prueba

La Sagrada Escritura y el magisterio de la Iglesia no entran en detalles sobre el asunto de la prueba, dando paso, así, a la especulación teológica.

Según Tertuliano, San Cipriano, San Basilio y San Bernardo lo que decidió el destino eterno de los ángeles fue el anuncio de la Encarnación del Verbo.⁷

Santo Tomás,⁸ siguiendo las dos principales opiniones de la Patrística, es mucho más genérico. Para el Doctor Angélico, el ángel pecó primariamente por soberbia, al querer ser como Dios. Ahora bien, esto le hubiera sido concedido si perseveraba. Se trata propiamente de la bienaventuranza final: «Seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2). Sin embargo, el demonio quiso conquistar esa elevación, no mediante el auxilio divino, sino por sus propias fuerzas. El ele-

mento inicial de la prueba sería reconocerse dependiente del Creador para alcanzar la perfección.

En segundo lugar, los ángeles malos se vieron ofuscados por el bien eminente concedido por el Altísimo a un ser de naturaleza inferior a la suya: el hombre. Se tomaron entonces de envidia, no sólo del género humano, sino también de Dios, que se valió de esa dádiva para su propia gloria.

¿Qué bien era ése? No podría consistir en el don de la gracia, por el cual recibimos una participación de la naturaleza divina. Esto, como hemos visto, el demonio sabía que también lo poseería. Tiene que ser algo superior. Todas las evidencias parecen convergir hacia la Persona de Nuestro Señor Jesucristo, pero Santo Tomás prefiere no llegar a tal conclusión...

No obstante, la parsimonia del santo doctor acaba abriéndonos un margen para ir más allá de la figura del Verbo Encarnado. Es evidente que Nuestro Señor está infinitamente por encima de todos los espíritus angélicos. Pero ¿no habrá otros especialmente amados, a quien Él confirió una dignidad superior a la angélica? Por ejemplo, ¿por qué no suponer que Nuestra Señora, Madre de Dios y Reina de los ángeles, hubiera sido también uno de los elementos de la prueba?

Una estrella cae del firmamento

Sea cual sea la revelación hecha a los ángeles, uno de ellos se yergue contra el designio divino y arrastra consigo a toda una legión. Es Lucifer.

Éste, que hasta ese momento había sido el más grande entre todos los

ángeles,⁹ abandona su dignidad para convertirse en el prototipo de aquellos cuyos nombres están borrados del Libro de la vida (cf. Ap 20, 15).

Se diría que la Biblia tiene rechazo a mencionarlo. Los pasajes que tratan sobre su gesto de rebelión, si los analizamos en sentido literal, se refieren siempre a otras personas y circunstancias.

Su nombre no consta ninguna vez en el texto sagrado. La costumbre de llamarlo de esa forma viene de un versículo de Isaías en el cual el profeta censura al rey de Babilonia: «¿Cómo caiste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora?» (14, 12).¹⁰

El término «lucero brillante» alude al planeta Venus, llamado también por los antiguos como estrella de la mañana, porque surge en el firmamento antes que el astro rey.

San Jerónimo, en la Vulgata, traduce esa expresión por *Lucifer*. Ahora bien, como algunos Padres aplicaron el referido pasaje a la caída del jefe de los demonios, ese nombre empezó a ser utilizado para designarlo.¹¹

Sin embargo, es muy bonito que el mismo título de *estrella de la mañana*, atribuido al más alto de los ángeles, sea ahora una de los miles de piedras preciosas que adornan la corona de la Santísima Virgen. Por su humildad, Nuestra Señora mereció una dignidad muy superior: Ella es la verdadera Estrella de la mañana, cuyo trono está puesto por encima de toda la milicia celestial.

En cuanto al infame clamor de Lucifer —«¡No serviré!»—, el profeta Jeremías lo pone en boca del pueblo de Israel (cf. Jer 2, 20).

El grito de la fidelidad

Un espíritu resiste ante el mayor de los ángeles. Su nombre, Miguel —*Mika'el*, en hebreo—, expresa una pregunta: «¿Quién como Dios?». La frase recuerda, al mismo tiempo, al grito desafiante de un caballero sin mancha y la interrogante mística de alguien que discierne a fondo la grandeza del Altísimo y reconoce su propia nada ante Él.

El desprecio que las Escrituras parecen nutrir para con el jefe de los demonios contrasta con la veneración que manifiestan por la figura de San Miguel.

De todos los ángeles que aparecen en el Apocalipsis él es el único citado nominalmente. En el libro de Daniel, el propio San Gabriel elogia su grandeza, llamándolo «el gran principio» (12, 1). Él —solamente él— recibe de la Biblia el título de *Arcángel* (cf. Jds 1, 9), es decir, un ángel superior, el primero en la milicia celestial.¹²

Miguel congrega bajo sus órdenes a todos los ángeles que permanecen fieles y la guerra da comienzo.

Empieza el combate

Es extremadamente difícil —por no decir imposible— deducir e incluso imaginar cómo sería una batalla entre puros espíritus.

Es cierto que los ángeles son poderosísimos. Sabemos que uno solo de ellos bastó para matar a 185 000 hombres de armas del ejército de Senaquerib en una única noche (cf. 2 Re 19, 35). Una guerra entre «miles y miles» de esos seres supera de lejos el poderío destructor de cualquier armamento humano.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 61, a. 4.

² Cf. Idem, q. 66, a. 3. El fuego, por sus propiedades, es el elemento material que mejor simboliza la naturaleza angélica (cf. PSEUDO-DIONISIO

AREOPAGITA. La jerarquía celeste, c. XV, n.º 2. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 2007, pp. 156-158).

³ Cf. SAN CIRILO DE JERUSALÉN. *Catequesis pré-batismais*. Petrópolis: Vozes, 1978, p. 213.

⁴ Cf. SAN AGUSTÍN. De civitate Dei. L. XI, c. 19-20. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1958, v. XVI, pp. 746-748.

⁵ Cf. DH 286.

⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 63, a. 3; 6.

⁷ Cf. BERNET, Anne. *Enquête sur les Anges*. Paris: Perrin, 1997, p. 41, nota 2.

⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 63, a. 2-3.

⁹ Cf. Idem, q. 63, a. 7.

¿Pero cómo se libraría ese combate? ¿Habrá tácticas, escaramuzas, avances y retrocesos, en fin, todo lo que es propio a las guerras de los hombres? No existen elementos siquiera para plantear hipótesis al respecto... Salvo uno.

Felizmente, un hombre vio místicamente la guerra y dejó su descripción consignada para la Historia. Con base en ella, algo del misterio se desvela.

Narra San Juan Evangelista en el Apocalipsis: «Y hubo un combate en el Cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón» (12, 7).

Según cierta interpretación, aquí está expresado que los buenos tomaron la delantera. El primero en avanzar es Miguel con su ejército. Solamente en la frase siguiente se dice que el dragón trabó combate.¹³

La lucha se inicia en absoluta ventaja para las huestes del bien. En primer lugar, el número de los ángeles fieles supera al de los demonios (cf. Ap 12, 4). Además, el escuadrón de San Miguel ya pasó por la prueba, y se encuentra ahora en la visión beatífica.¹⁴ Lucifer y los suyos luchan exclusivamente con los dotes de la naturaleza, mientras que los otros cuentan con una perfección sobrenatural: están divinizados.

«Y el dragón combatió, él y sus ángeles. Y no prevaleció» (12, 7-8).

La réplica del dragón es seguida inmediatamente por su ruina: «no prevaleció». Derrota humillante, como sugiere el original griego: «no fueron fuertes».¹⁵ Es decir, Lucifer no sólo perdió la guerra, sino toda la pujanza de su naturaleza angélica; al haber rechazado la gracia, se vio reducida a



San Miguel Arcángel - Iglesia de Santa María, Waltham (EE. UU.)

«¿Quién como Dios?». He aquí el grito desafiante de un caballero sin mancha, que discierne a fondo la grandeza del Altísimo

un estado de absoluta flaqueza ante la mano poderosa de Dios.

La victoria!

Una vez constatado el triunfo, San Miguel no permite concesiones o acuerdos. Su forma de guerrear, sin tregua ni cuartel, sólo se detiene cuando alcanza sus últimas consecuencias. Síguese la justa expulsión:

«Y no quedó lugar para ellos en el cielo. Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero; fue precipitado a la tierra y sus ángeles fueron precipitados con él» (12, 8-9).

Parece que San Juan desea recalcar la violencia con que los demonios son lanzados al abismo. «No quedó lugar para ellos» es una frase hebrea que indica una expulsión sin vuelta atrás, una degradación total e irreversible de determinado puesto o dignidad.¹⁶ Como si esto no bastara, el apóstol repite dos veces «fue precipitado», casi como quien exulta ante la victoria y quiere rememorar, degustar y deleitarse otra vez con la maravillosa escena del último golpe.

Todavía hay muchos misterios en torno al acontecimiento que inauguró la historia de los ángeles. La investigación amorosa que los santos y doctores realizaron a lo largo de los siglos no ha hecho sino levantar las puntas del velo.

A pesar de esto, en medio a muchas incógnitas que revisten la guerra de exterminio de los ángeles contra los demonios, una verdad permanece meridianamente clara: la victoria es patrimonio exclusivo de los que combaten por Dios. ♦

¹⁰ El texto completo es: «¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora, echado por tierra el dominador de las naciones? Y tú decías en tu corazón: Subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas del cielo, elevaré mi trono, y me asentará en el monte de la

asamblea, en las profundidades del aquilón. Subiré sobre las cumbres de las nubes y seré igual al Altísimo. Pues bien, al “seol” has bajado, a las profundidades del abismo» (Is 14, 12-15).

¹¹ Cf. GARCÍA CORDERO, OP, Maximiliano. *Biblia comentada. Libros proféticos*. Madrid: BAC, 1961, v. III, p. 155.

¹² Cf. BERNET, op. cit., p. 127.

¹³ Cf. BARTINA, SJ, Sebastián. *Apocalipsis de San Juan*.

In: NICOLAU, SJ, Miguel et al. *La Sagrada Escritura. Nuevo Testamento*. Madrid: BAC, 1962, v. III, p. 706.

¹⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 62, a. 5.

¹⁵ Cf. BARTINA, op. cit., p. 706.

¹⁶ Cf. Ídem, p. 707.



Modestia y generosidad

A sus notorias virtudes, Lidia sumó un cuidadoso apagamiento de sí misma. Poco se conoce de su historia, pero su fidelidad al llamado de Dios marcó el florecimiento de la Iglesia en Filipos y en todo el suelo europeo.

Lorena Mello da Veiga Lima



A medida que seguimos la narración de la vida pública de Jesús va llamándonos la atención algunas figuras femeninas que aparecen en ella, como la suegra de San Pedro, que nada más fue curada de la fiebre se puso a servir al Salvador (cf. Mt 8, 14-15); o la cananea, que imploró la paz para su hija posesa y cuya profunda fe commovió al propio Dios humanado (cf. Mt 15, 21-28); o incluso la hemorroísa, la cual confió a tal punto en el poder del divino Maestro que logró verse libre de su enfermedad simplemente con tocarle sus sagradas vestiduras (cf. Mc 5, 25-29). ¿Y qué decir de la samaritana a quien Jesús le ofreció agua viva? No contenta con haber encontrado la salvación para sí, se apresuró en llevar la Buena Nueva a todos los de su ciudad (cf. Jn 4, 7-42).

Tampoco podríamos dejar de considerar a aquellas que acompañaban al Señor más de cerca en su misión evangelizadora para servirle en todo (cf. Lc 8, 1-3). Influenciadas cierta-

mente por el ejemplo supremo y perfectísimo de la Santísima Virgen, Madre y Sustento de la Iglesia, las Santas Mujeres son un precioso modelo de dedicación y amor abrasado al Corde Divino. Venciendo su frágil naturaleza, lo acompañaron hasta el Calvario y, más tarde, proclamaron convencidas su victoriosa Resurrección.

En la estela de esas damas que brillaron por su virtud en la Iglesia naciente encontramos, aún en el siglo I, un alma de la cual poco se habla. La

Lidia poseía un alma tan cristiana que, habiendo oído hablar de Jesús, enseguida lo reconoció como el Camino, la Verdad y la Vida

litrugia, no obstante, narra en breves trazos su historia durante el Tiempo Pascual, con el fin de resaltar discretamente su vínculo con la predicación de la Palabra.

Para que entendamos mejor el papel que estaba llamada a desempeñar, hagamos un viaje. Subamos con Pablo, Lucas, Timoteo y Silas al barco que en este momento está saliendo del puerto de Tróade.

Viaje a Macedonia

Inicialmente, el Apóstol de las gentes deseaba evangelizar Bitinia; sin embargo, el Espíritu de Jesús se lo impidió. Cierta noche, habiendo bajado a Tróade, un macedonio le suplicó en sueños que fuera en su auxilio. Al reconocer en ese hecho un designio divino superior, San Pablo y sus tres compañeros se pusieron en camino —junto con nosotros!

Tras pasar por Samotracia, arribamos a Neápolis y, por fin, llegamos a Filipos, principal urbe de aquella región de Macedonia, donde nues-

tro grupo permaneció unos días... (cf. Hch 16, 6-12).

La ciudad había sido fundada por los tracios en el siglo IV a. C. Originalmente se llamaba Krénides, vocablo que significa *fuent* y al parecer muy simbólico, pues de allí —primer territorio europeo evangelizado— brotarían abundantes gracias que impulsarían la vida de la Iglesia en esa región. En el 360 a. C. Filipo II de Macedonia la reconstruyó y la eligió como residencia; a él debe su nombre. En el 31 a. C. Filipo fue elevada a la categoría de colonia romana.¹

Pero cualquier hecho notable que esa ciudad hubiera presenciado a lo largo de la Historia pierde su brillo en comparación con lo que ahora está pasando: «[En ella desembarcan] los anunciantes de una nueva libertad, heraldos de otro conquistador del universo, que sin espada harían más por la liberación del mundo que todos los paladines de la libertad juntos».²

Primeros frutos de su apostolado

Un sábado, durante nuestra estancia en Filipo, salimos de la ciudad y nos dirigimos a un sitio junto al histórico río Gangas, adonde nos parecía que había un lugar de oración. Allí se encontraban reunidas unas mujeres (cf. Hch 16, 13), las cuales «no poseían gran ciencia, es verdad, pero las animaba una viva inquietud religiosa y a quien la posee Dios la lleva más lejos. En la presencia de estas buenas mujeres Pablo podía dar libre curso a su corazón».³

Entre esas piadosas almas, una nos llama especialmente la atención: Lidia, una vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira, que escucha atenta. El Señor le abrió el corazón

para que aceptara lo que Pablo decía y por eso le pide que la bautizara con toda su familia (cf. Hch 16, 14-15).

En medio de nuestro apostolado, Lidia se destaca por la impresionante rapidez y profundidad de su conversión. Y, no contenta con eso, nos hace esta petición: «Si estáis convencidos de que creo en el Señor, venid a hospedarnos en mi casa» (Hch 16, 15). Ante una oferta tan conmovedora nos vimos empujados, evidentemente, a aceptarla...

Concluyamos aquí nuestro inusual viaje y permanezcamos hospedados con nuestra neófita. Así podremos analizar en profundidad su piadosa figura.

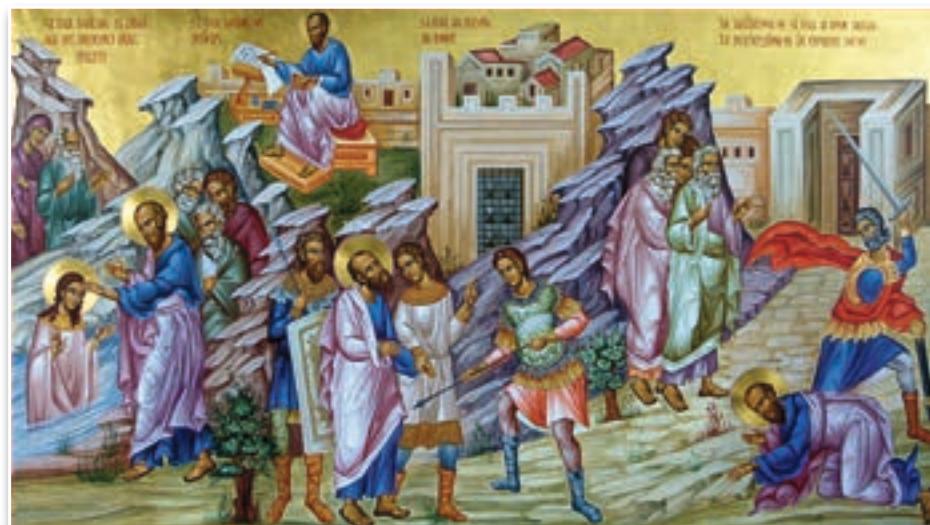
Desapegada de los bienes del mundo

Tiatira estaba situada en el territorio de Lidia, en Asia Menor. Probablemente, nuestro personaje, al ser una extranjera en Filipo, fuera conocida como la «lidia», es decir, el gentilicio del lugar de donde procedía.

Su tierra natal se distinguía desde hacía mucho tiempo por el comercio de la púrpura. Este pigmento era, sin duda, el más caro de la Antigüedad.

¡Y con razón! Para obtenerlo era necesario reunir miles de moluscos del género *Murex*, que se encontraban en las costas del Mediterráneo. Las glándulas de estos animales segregaban un fluido blanco que al ser expuesto al sol iba adquiriendo poco a poco el color rojo púrpureo. Sin embargo, sólo podemos tener una noción clara de cuán arduo resultaba ese trabajo si consideramos que se precisaban de diez mil moluscos para extraer un gramo de pigmento!... Quizá por tal motivo únicamente los emperadores, reyes y altos dignatarios llevaban vestidos teñidos con dicha sustancia, lo cual convertía su venta el algo muy lucrativo.

A las afueras de la ciudad, junto al río Gangas, estaban unas mujeres, en cuya presencia Pablo podía dar libre curso a su corazón



Mural que representa el bautismo de Lidia y otras escenas de la vida de San Pablo - Irvine (EE. UU.). En la página anterior, Santa Lidia, fresco del Baptisterio de Santa Lidia, Cavala (Grecia)



San Pablo bautizando a Lidia y su familia - Baptisterio de Santa Lidia, Cavala (Grecia)

No obstante, esta rica dama vivía desapegada de las cosas del mundo. La Sagrada Escritura dice de ella que era «temerosa del Señor» —que adoraba al verdadero Dios— (cf. Hch 16, 14). «Lidia poseía una de esas almas tan naturalmente cristianas que, habiendo oído hablar de Jesús, enseguida lo reconoció como el Camino, la Verdad y la Vida».⁴

Un alma dotada de preciosas cualidades

Igualmente impresiona que Lidia no se guardó la alegría de la conversión nada más que para ella, sino que de inmediato quiso conquistar para Cristo a sus más cercanos. Josef Holzner así describe esa decisión suya: «Era una mujer prudente y reflexiva. Una hábil mujer de negocios sabe examinarlo todo con ponderación. Pero en este caso no dudó ni reflexionó un instante. Con una rapidez extraordinaria decide recibir el Bautismo. [...] Mujer de negocios resoluta y firme, dotada de una vigorosa voz de ama de casa, habituada al mando, Lidia pronto llevó el Bautismo a todos los criados de su casa.

Más aún, dada su desbordante capacidad de acción, es natural que actuara no solamente en Filipos, sino también en su tierra natal, Tiatira».⁵

Otra calidad poco corriente de la que dio muestras nuestra comerciante de púrpura fue su generosidad en tratar de darle lo mejor a los enviados del Señor. Su acomodada residencia sería en adelante el lugar de descanso para los misioneros y la comunidad donde se reunirían los cristianos de la región para la celebración de los santos misterios. De este modo, la casa de Lidia se convertiría en la primera iglesia en Europa.⁶

San Pablo no solía aceptar fácilmente donaciones (cf. 2 Cor 11, 9; 1 Tes 2, 9; 2 Tes 3, 8), las cuales podrían convertirlo en blanco de calumnias, como la de que «evangelizaba» para lucrarse... Aunque, como narran los Hechos de los Apóstoles, Lidia «los obligó» a que aceptaran su ofrecimiento (cf. Hch 16, 15), lo cual manifiesta su notable personalidad y fuerza de voluntad.

San Juan Crisóstomo expresa su admiración por esta santa mujer con las siguientes palabras: «Ved la pru-

El Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que Pablo decía y por eso le pide que la bautizara con toda su familia

dencia de Lidia, ¡cómo insiste con los Apóstoles! ¡Con qué humildad y sabiduría les habla: «Si estás convencidos de que creo en el Señor»! Nada podría ser más eficaz para persuadirlos. ¡Quién no se enternecería con esas palabras? Más que suplicarles y dejar al arbitrio de los Apóstoles el ir o no a su casa, los obliga con sus palabras: «Nos obligó». Ved cómo enseguida ella da fruto y cómo la vocación le parece un bien inapreciable».⁷

El aprecio de San Pablo a los filipenses

Las Escrituras no especifican cuántos días estuvieron en Filipos. Sin embargo, se sabe que San Pablo conservó un gran aprecio por los fieles de aquella región. A pesar de las persecuciones que allí sufrieron (cf. Hch 16, 16-40), el amor que los filipenses tenían a Dios marcó profundamente el alma del Apóstol, como él mismo lo demuestra en su carta: «Esto que siento por vosotros está plenamente justificado: os llevo en el corazón, porque tanto en la prisión como en mi defensa y prueba del Evangelio, todos compartís mi gracia. Testigo me es Dios del amor entrañable con que os quiero, en Cristo Jesús» (Flp 1, 7-8). Más adelante, todavía les llama «hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona» (Flp 4, 1).

Tras la marcha de Pablo, los filipenses permanecieron unidos en espíritu a aquel que los había engendra-

do en Cristo Jesús (cf. 1 Cor 4, 15). Hasta tal punto que, tiempo después, al tomar conocimiento de los apuros que sufría su querido padre espiritual en sus osadías misioneras, le mandaron todo lo necesario e incluso lo superfluo (cf. Flp 4, 16-18). No sería extraño que muchas de esas dádivas provinieran de las manos de su fiel discípula Lidia...

El valor de un «sí» a la voluntad de Dios

En el Cuerpo Místico de Cristo, cuando un miembro es fiel a la gracia, todos los demás son beneficiados con él; cuando, por el contrario, alguien es infiel, todo el conjunto se ve perjudicado. Cada alma tiene un «peso» específico en esa comunión, según los designios que Dios le ha reservado.

¿Cuál habrá sido, pues, el «valor» de Lidia, la primera convertida en suelo europeo? Se trata de un enigma difícil de descifrar... Sobre todo, porque a sus notorias virtudes supo sumar un cuidadoso apagamiento de sí misma.

Poco se conoce de su historia, pero es seguro que, a ejemplo de la Santísima Virgen (cf. Lc 1, 38), dio su pronto y generoso «*fiat*» a la voluntad de Dios, cooperando así en la difusión del Evangelio. A Lidia bien se le podrían aplicar las palabras dirigidas, en el Apocalipsis, al ángel de la Iglesia de Tiatira: «Conozco tus obras, tu amor, tu fe, tu servicio, tu perseverancia» (2, 19).

Al final de su vida, su alma debe haber subido hasta la presencia de

Dios como una oferta de suave olor. Y no parece exagerado pensar que, con su correspondencia, colaboró poderosamente a que la Santa Iglesia se estableciera en todo el continente europeo.

Incluida en el rol de los santos

Aunque nos falten informaciones con respecto a cómo se estableció el culto a Santa Lidia, las señales de su santidad se encuentran bien prenunciadas en su rápida respuesta a la invitación de la gracia. Únicamente se sabe que fue el cardenal César Baronio, encargado por el Papa Gregorio XIII de la revisión del *Martirologio Romano* en el siglo XVI, quien la introdujo en el catálogo de los santos.⁸

Considerada patrona de los comerciantes, podemos también invocarla si queremos que el Señor abra nuestros corazones, como hizo con el suyo, y nos vuelva fervorosos receptáculos de sus gracias y de sus designios. ♦

Ella dio su pronto y generoso «fiat» a la voluntad de Dios, cooperando así en la difusión del Evangelio

Peter Nelson CC BY-SA 3.0



Ruinas de la ciudad de Filipos (Grecia), donde Santa Lidia conoció a San Pablo

¹ Cf. MARTÍNEZ PUCHE, OP, José A. (Dir.). *Nuevo Año Cristiano*. 3.^a ed. Madrid: Edibesa, 2002, v. VIII, p. 78.

² HOLZNER, Josef. *Paulo de Tarso*. Lisboa: Aster, 1958, p. 200.

³ Ídem, p. 201.

⁴ Ídem, ibidem.

⁵ Ídem, p. 202.

⁶ Cf. SGARBOSSA, Mario; GIOVANNINI, Luigi. *Um Santo para cada dia*. 13.^a ed.

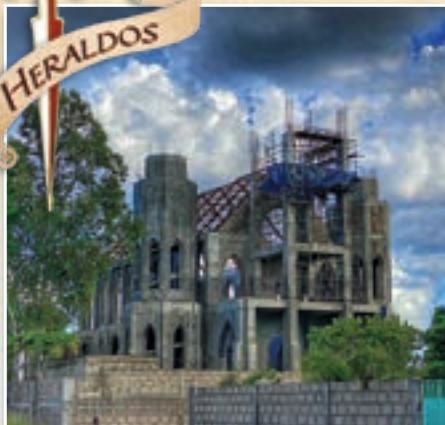
São Paulo: Paulus, 2006, p. 231.

⁷ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *In Acta Apostolorum. Homilia XXXV*: PG 59, 253.

⁸ Cf. LEITE, SJ, José (Org.). *Santos de cada dia*. 3.^a ed. Braga: Apostolado da Oração, 1994, v. II, p. 501.



Fotos: Santiago Canals



Mozambique – Desde 2017, los Heraldos del Evangelio están construyendo en Matola la primera iglesia de estilo gótico del país. Estará dedicada a Nuestra Señora Puerta del Cielo y podrá acoger a 800 personas. Los fieles de la región podrán participar en la Santa Misa y recibir el sacramento de la Reconciliación.

Concepción Haddad



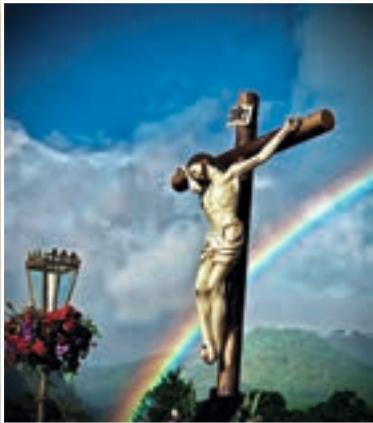
Celso Bento Berardes

Brasil – Al comienzo de la Pascua fueron distribuidos huevos de chocolate en las capillas de la Sagrada Familia (foto 1) y de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro (foto 3), de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, de Mairiporã, así como en barrios vecinos a la basílica de Nuestra Señora del Rosario (foto 2).

Fotos: Ignacio Dorta



España – En la parroquia de San Ramón Nonato, de Valencia, cooperadores de los Heraldos promovieron una ceremonia de consagración a Jesucristo en las manos de la Santísima Virgen, que fue realizada el 19 de marzo, solemnidad de San José.

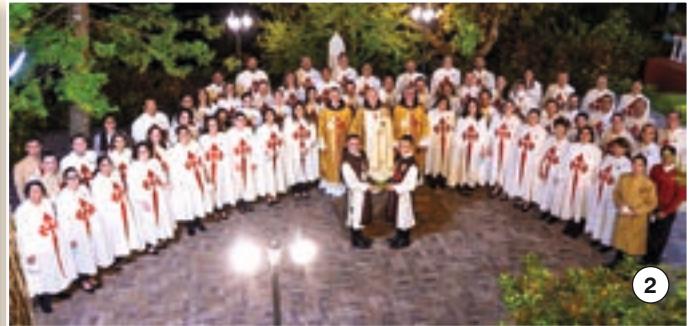


Fotos: Roberto Vega

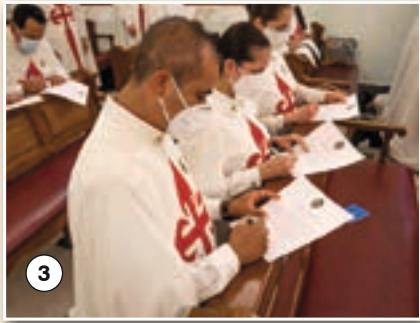
Guatemala – El Viernes Santo, después de los Oficios de la Pasión, miembros de los Heraldos rezaron el Vía Crucis recorriendo los terrenos anexos a la Casa de formación que la institución tiene en San José Pinula. Una lluvia amenazó con interrumpir la procesión, pero enseguida fue sustituida por un esplendoroso arco iris.



1



2



3



4



5

Fotos: Kaué Cezario

Compromisos renovados e iglesia en construcción

El 22 de febrero, aniversario de la aprobación pontificia de los Heraldos del Evangelio, cooperadores de El Salvador renovaron sus compromisos con la institución durante una Celebración Eucarística presidida por el P. Fernando Gioia, EP, y concelebrada por otros dos sacerdotes, en la casa de los Heraldos de San Salvador (fotos 2, 3 y 4). El 24 de marzo sacerdotes, hermanos, cooperadores y bienhechores se reunieron en el lugar donde

está empezando a ser erigida la iglesia de Nuestra Señora de Fátima y San Pablo Apóstol (foto 1) para impetrar las bendiciones divinas sobre su construcción. Se pidió especialmente que la edificación llegue a buen término cuanto antes y que los trabajadores sean protegidos de todo mal. Medallas de Nuestra Señora de las Gracias fueron bendecidas y depositadas en los cimientos de esta obra (foto 5). ♦



Sacerdote y fieles son asesinados en Nigeria

El 30 de marzo, Martes Santo, el P. Ferdinand Fanen Ngugban y seis fieles fueron asesinados en un ataque terrorista a la parroquia de San Pablo, de la comunidad de Aye-Twar, Nigeria.

El P. Fanen acababa de celebrar la Eucaristía y se preparaba para participar en la Misa Crismal en la catedral de San Gerardo Mayela cuando, tras haber escuchado ruidos en el exterior del templo, salió para averiguar qué estaba pasando y fue sorprendido por hombres armados. Antes de que tuviera tiempo de protegerse, le dispararon. Su cuerpo fue encontrado después con una herida de bala en la nuca, junto a otras seis víctimas. El grupo de criminales también asaltó la comunidad e incendió varias casas.

El ataque se dio pocos días después de que otro sacerdote, el P. Harrison Egwuenu, fuera liberado de un secuestro que duró una semana. Ante la creciente persecución religiosa que asola el país, Mons. Ignatius Ayau Kajgama, arzobispo de Abuja, subrayó la «necesidad urgente de que el Gobierno nigeriano enfrente la situación, entrenando a los agentes de seguridad para que actúen con más eficacia».

La Virgen de los Desamparados recorre las calles de Valencia

Como no fue posible realizar este año la tradicional ofrenda floral a la Virgen de los Desamparados, debido a la pandemia del COVID-19, el arzobispo de Valencia, el cardenal Antonio Cañizares Llovera, decidió in-

vertir los papeles y llevó a la imagen de la Madre de Dios como peregrina entre los fieles.

Para ello, del 15 al 17 de marzo, la «Geperudeta», como es llamada por los valencianos, recorrió en un vehículo las calles de la ciudad, en especial las proximidades de hospitales, permitiéndoles a sus devotos el poder saludarla y rezarle a distancia.

Durante el trayecto, el himno a la patrona y otras canciones religiosas resonaban por las calles por medio de altavoces. El itinerario no fue previamente avisado, lo que redundó en sorpresa y emoción para los que se encontraban con la imagen. Estos manifestaban su alegría con vivas y aplausos a la Santísima Virgen.



Iglesia de Río Grande do Norte es elevada a basílica menor

El 25 de marzo el estado brasileño de Río Grande do Norte ganó su primera basílica. Se trata de la iglesia matriz de Nuestra Señora de Guía, elevada a la categoría de basílica menor por un decreto emanado de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. La lectura del documento fue hecha por el obispo diocesano de Caiçó, Mons. Antonio Carlos Cruz Santos, MSC, al término de la ceremonia de dedicación del altar.

Según declaró el P. Fabiano Mauricio Dantas, rector de la nueva basílica, la concesión del título se dio gracias a la arquitectura del templo y su importancia histórica.

La parroquia de Nuestra Señora de Guía, erigida en 1835, es una de las más antiguas del estado y su igle-

sia matriz, inaugurada en 1867, se convirtió en un referente de piedad mariana para los fieles de los municipios vecinos. En efecto, esa advocación de la Santísima Virgen fue la primera en ser venerada en el Seridó, región de Río Grande do Norte en que se encuentra Acari. El inicio de la devoción se remonta al año 1738, cuando la construcción de una capilla a Ella dedicada marcó la fundación del pueblo que décadas posteriores darían origen a la ciudad.



Carmelitas de Vietnam celebran el regreso a su monasterio

En la solemnidad de San José, el arzobispo de Hue, Vietnam, presidió una Eucaristía de acción de gracias para conmemorar el 25 aniversario del regreso de las Carmelitas Descalzas a su monasterio, confiscado por el régimen comunista en 1975. Cincuenta sacerdotes y trescientos laicos participaron en la celebración.

En la homilía, Mons. Joseph Nguyen Chi Linh destacó cómo el Santo Patriarca amparó a las religiosas, que tuvieron que soportar grandes sufrimientos físicos, morales y psicológicos en aquellos tiempos difíciles. Durante la Misa, el celebrante, que también es presidente de la Conferencia Episcopal Católica de Vietnam, bendijo un campanario recién construido, una imagen de dos metros de altura del Esposo de María y muchas cruces de madera.

El monasterio actualmente cuenta con cincuenta y cinco monjas y nueve novicias que dedican su vida a la oración y al sacrificio, en beneficio de los sacerdotes, de los más necesitados y de la Iglesia Católica en Vietnam.

Iglesias son profanadas durante manifestaciones feministas

Las manifestaciones realizadas el pasado 8 de marzo, Día Mundial de la Mujer, fueron motivo de profanaciones y actos vandálicos contra iglesias en diversas ciudades de Latinoamérica.

En Bogotá un grupo de mujeres atentó contra la iglesia de San Francisco, una de las más concurridas de Colombia. Intentaron prenderle fuego a la puerta del templo e hicieron pintadas en las paredes exteriores. Los perjuicios habrían sido más serios si las autoridades no hubieran intervenido con prontitud. Una de las revoltosas arrojó a las llamas una cruz con escritos ofensivos a la fe católica.

También en Colombia se registraron ataques contra la catedral de Ibagué, ante los cuales el párroco, el P. Félix García Angarita, expresó su perplejidad: «Dañan

la imagen de la mujer, que es de ternura, acogida, fraternidad, bondad y no vandalismo».

En Argentina, ese mismo día, la catedral de Salta tuvo que ser defendida por la Policía contra otro ataque realizado por mujeres, que les lanzaban piedras, bengalas y antorchas encendidas, mientras coreaban eslóganes blasfemos. Una imagen peregrina del Señor del Milagro fue dañada durante el episodio.

En México hubo manifestaciones similares. Participantes de la marcha feminista realizada en la ciudad de Oaxaca entraron violentamente en la iglesia de San Cosme y San Damián, pintaron paredes, ventanas, mobiliario y dañaron la imagen de San Judas Tadeo. Ese mismo grupo también causó destrozos en otros edificios.

Fotos: Reproducción



En las fotos, ataque contra la iglesia de San Francisco, Bogotá; imagen de San Judas Tadeo dañada en Oaxaca (Méjico); y captura de la transmisión en directo de los altercados frente a la catedral de Salta (Argentina)

En ese día, el cardenal Pierre Nguyen Van Nhon, arzobispo emérito de Hanói, presidió una Misa concelebrada con dos obispos más para conmemorar el 160 aniversario de la llegada de las Carmelitas al país. En 1860 cuatro religiosas, al mando de la Madre Philomena de la Inmaculada Concepción, francesa de Lisieux, desembarcaron en Saigón para fundar el primer monasterio. Hoy la Orden posee diez conventos en Vietnam, en los cuales viven casi trescientas monjas de clausura.



Nuevo lugar de peregrinación internacional en Asia

El santuario surcoreano de Haemi, escenario del martirio de miles de católicos, fue proclamado por el Vaticano como lugar de peregrinación internacional, según anuncio hecho por el obispo de Daejeon,

Mons. Lazarus You Heung-sik, el 1 de marzo. Se trata del segundo local de Corea del Sur y el tercero de Asia que recibe ese reconocimiento.

Situado a 280 kilómetros de Seúl, el santuario de Haemi es testimonio de la fe de aproximadamente 2000 católicos que, entre 1866 y 1882, allí fueron presos, torturados y sepultados vivos durante la persecución llevada a cabo por los reyes de la dinastía Joseon. La mayoría de esos mártires permanece anónima para los hombres, pues la Historia conservó el registro de los nombres de tan sólo 132 de ellos.



Ilustración: Tatiana Villegas

¡¿De quién es la culpa?!

Mientras admiraba la belleza del Teatro de la Ópera de Londres, una discusión exacerbada llamó mi atención. Finalmente, ¡¿de quién era la culpa?! O mejor, ¿quién tenía la solución?



Estella Thy Phan

Caminando por las calles de Londres me topé con la Royal Opera House. Maravillada, me detuve para contemplar su fachada de estilo griego, compuesta por seis columnas con capiteles de orden corintio, al mismo tiempo, altas, robustas y austeras.

Entonces, en ese momento, decidí entrar en el majestuoso edificio. Cuando vi los palcos adornados con detalles dorados de la época barroca me quedé encantada y comencé a observarlos con detenimiento.

Pero mientras me estaba entreteniendo con la hermosura de esa obra arquitectónica oí un murmullo que venía del escenario. «¡Qué extraño!», pensé, pues el teatro estaba vacío.

Miré a mi alrededor e, intrigada, me acerqué a la fuente de aquellos ruidos. ¡Cuál no fue mi sorpresa

al percibir que tales susurros no procedían de personas como yo, sino de los instrumentos musicales que allí se encontraban!

Presté atención y empecé a seguir lo que decían. Se trataba de una pintoresca discusión.

—¡La culpa es del órgano! —dijeron varios instrumentos al unísono. —¡Siempre roba las notas de los demás! ¡Es un ladrón!

El acusado, tomando un aire majestuoso, suspiró y les replicó:

—¡No, señores! ¡No se dan cuenta de que la culpable es la trompeta? De hecho, es una orgullosa, porque vive llamando la atención sobre sí.

Al sentirse herida con la acusación, el instrumento de viento rebatió indignado:

—¡Vamos, señor órgano! Es muy fácil echarle la culpa a una trompe-

ta. El oboe es el verdadero responsable, porque, al ser muy competitivo, vive dividiendo a todos con sus discusiones.

Al oír esto, el oboe, irritado, gritó en un tono autoritario:

—Señora trompeta, iestá completamente equivocada! Debería acusar al violín: se levanta y todos tenemos que obedecerle; cuando sube, todos tienen que subir; cuando baja, nuestra obligación también es bajar... ¿Para qué? Para satisfacer sus caprichos. ¡Eso es injusto!

Mirando de reojo al oboe y tras hacer un momento de suspense, el violín le contesta secamente:

—Si me lo permiten, ni voy a comentar las palabras del señor oboe, que sólo dice esas cosas de mí por envidia y celos. Pero la culpa la tiene la viola. Vive insegura, siempre acom-

pañada o acompañando, mientras los demás sufren la dureza de ser solistas. ¡Esto es lo realmente injusto! ¿Qué creen ustedes?

La viola, de hecho, empezó a sentirse insegura y pensó consigo misma: «¿Cómo salgo de esta? La verdad es que solamente toco acompañada o acompañando... ¡Ah, culparé a los bajos!». Y en un tono presuntuoso, de quien disfraza su defecto, responde:

—¡No, no, no! Fíjense en el violonchelo y el contrabajo. Son tan graves que dejan a la orquesta tenebrosa y triste... ¡Así no se puede! Hace falta que todo sea animado y alegre.

El violonchelo y el contrabajo cruzaron las miradas. Este último, al ser el más veterano, tomó la palabra y arugó con su tono característico:

—Disculpe que le interrumpa, señora viola, pero su acusación está fuera de las leyes de la armonía. ¡Hay que ser equilibrados! Entiéndalo bien: si nosotros dejamos de tocar, la música queda casi vacía y sin fuerza, porque somos indispensables para el conjunto. Perdone, pero... ¡la dispensable es usted!

La viola, queriendo justificarse todavía, titubeaba:

—¿Pien-
san que no

soy equilibrada? ¡Al contrario! Ni soy aguda como el violín, que pude darle un aire extremadamente superficial a la melodía, ni grave como los bajos, que fácilmente hacen pesada la música. ¡Yo represento el equilibrio dentro de la orquesta!

Ya llevaban discutiendo dos horas y los instrumentos no se cansaban de pelearse. Yo ya estaba impacientándome cuando de repente veo que entra por el pasillo central el gran Georg Friedrich Händel, vestido con una chaqueta roja oscuro y una peluca blanca. Su cuello estaba ornado con un pañuelo que pendía noblemente sobre el pecho.

Cuando los instrumentos se percataron de que el director se acercaba, armaron un auténtico revuelo: cada cual quería manifestarle sus

impresiones. Pero ante el alboroto que reinaba en el escenario, Händel puso orden enseguida tan sólo con el siguiente grito, acompañado de unas palmadas:

—¡Basta de discusiones! ¡Empecemos a ensayar! Que cada uno se coloque en su sitio.

A la velocidad del rayo, los instrumentos se pusieron en sus respectivos lugares: el órgano en el centro del escenario; la trompeta se fue al fondo, con la intención de ser más humilde; después fue el oboe y se dispuso a su



A la señal del compositor, todos empezaron a ejecutar la magnífica apertura

lado, esta vez sin competición ni discusión; luego los bajos, con leves sonrisas, tomaron posiciones; la viola se dirigió resueltamente a su puesto y, finalmente, el violín se situó solemnemente al lado izquierdo de Sir Händel, asumiendo su papel de *spalla*.

Al primer movimiento de la batuta del compositor todos comenzaron magníficamente la apertura de su más famoso oratorio: *The Messiah*.

Admirada, me quedé asistiendo a la pieza y después quise hablar con Sir Händel.

—Señor Händel, cómo ha conseguido usted que pararan de...

De pronto, sonó la alarma del reloj y me desperté. Todo había sido un sueño...

Sin embargo, las escenas que en él vi se asemejaban a un aspecto de la realidad que los seres humanos enfrentamos en el día a día. Cuando nos miramos a nosotros mismos, vemos defectos, que evidentemente existen y entorpecen nuestro camino hacia el Cielo. No obstante, superamos tales obstáculos cuando ponemos nuestra atención en la partitura y, sobre todo, en el divino Director, que todo lo armoniza y soluciona. ♦



**De pronto, sonó la alarma del reloj y me desperté.
Todo había sido un sueño...**

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San José Obrero.

San Jeremías, profeta. Anunció la destrucción de la Ciudad Santa y la deportación del pueblo israelita, sufriendo muchas persecuciones a causa de ello.

2. V Domingo de Pascua.

San Atanasio, obispo y doctor de la Iglesia (†373 Alejandría - Egipto).

Beato Guillermo Tirry, presbítero y mártir (†1654). Sacerdote agustino ejecutado bajo el régimen de Oliver Cromwell, en Inglaterra, por su fidelidad a la verdadera Iglesia de Cristo.

3. Santos Felipe y Santiago, apóstoles.

San Teodosio, abad (†1074). Fundó en Kiev, Ucrania, el monasterio de las Grutas, con el que instituyó en la región la vida cenobítica.

4. Santa Antonina, mártir (†s. III/IV).

Encarcelada durante dos años y sometida a crueles suplicios, fue finalmente quemada viva, por rechazar renegar de la fe.

5. San Hilario de Arlés, obispo (†449).

Siendo monje en el convento de Lérins fue promovido al episcopado de Arlés, Francia. Acogió a los huérfanos, socorrió a los pobres y mostró la misericordia de Dios a los pecadores.

6. Beata María Catarina Troiani, virgen (†1887).

Religiosa franciscana nacida en Italia que fundó en El Cairo, Egipto, las Hermanas Franciscanas Misioneras.

7. Santa Domitila, mártir (†s. I/II).

Sobrina del cónsul Flavio Clemente, fue acusada de haber renegado de los dioses paganos y, por ello, deportada a la isla de Ponza, donde padeció un prolongado martirio.

8. San Gibriano, presbítero (†c. 515).

Sacerdote irlandés que, por amor a Cristo, se hizo peregrino en la Galia.

9. VI Domingo de Pascua.

Beato Benincasa de Montepulciano, religioso (†1426). De la Orden de los Siervos de María, se retiró a una cueva del monte Amiata, Italia, donde llevó una vida de penitente.



Santa Juana de Arco - Iglesia de San Salvador, Saorge (Francia)

Hija del rey Alfonso V de Portugal, renunció a ventajosas propuestas de matrimonio para ingresar en el monasterio dominico de Aveiro.

13. Nuestra Señora de Fátima.

Beata Magdalena Albrici, abadesa (†1465). Superiora del monasterio agustino de Brunate, Italia, alimentó en sus hermanas el deseo de perfección.

14. San Matías, apóstol.

Beato Gil de Vouzela, presbítero (†1265). De noble familia portuguesa, tras ejercer la medicina en París, ingresó en la Orden de Predicadores, falleciendo en Santarém, Portugal.

15. San Isidro, labrador (†c. 1130 Madrid).

San Caleb, monje (†c. 535). Rey etíope que, en desagravio por los mártires de Nagrán, emprendió el combate contra los enemigos de Cristo. Más tarde envió su corona real a Jerusalén y abrazó la vida monástica.

16. Solemnidad de la Ascensión del Señor.

Beato Miguel Wozniak, presbítero y mártir (†1942). Deportado de Polonia al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde sufrió crueles torturas antes de morir.

17. San Pascual Bailón, religioso (†1592 Villareal - España).

Beata Antonia Mesina, virgen y mártir (†1935). A los 15 años fue agredida por un joven cuando recogía leña en un bosque cercano a Orgosolo, Italia, muriendo a golpes de piedra en defensa de su castidad.

18. San Juan I, Papa y mártir (†526 Ravena - Italia).

Beata Juana, virgen (†1490).

San Félix de Cantalicio, religioso (†1587). Fraile capuchino, pasaba la mayor parte de la noche en oración. De día recorría las calles de Roma pidiendo limosna y socorriendo a los pobres y a los enfermos.

19. Beata Humiliana de Cerchi, viuda (†1246). Tras la muerte de su marido, se hizo terciaria franciscana, dedicándose ejemplarmente a la vida de oración, penitencia y caridad.

20. San Bernardino de Siena, presbítero (†1444 L'Aquila - Italia).

Santa Lidia de Tiatira. «Vendedora de púrpura, temerosa de Dios» (cf. Hch 16, 14), que, al oír una predicación de San Pablo en Filipos, Macedonia, se convirtió y fue bautizada junto con su familia.

21. San Cristóbal Magallanes, presbítero, y **compañeros**, mártires (†1927 México).

San Hemming, obispo (†1366). Restauró la disciplina eclesiástica en la diócesis finlandesa de Turku, favoreció los estudios clericales, dio más esplendor al culto divino y promovió la paz entre los pueblos.

22. Santa Joaquina Vedruna, religiosa (†1854 Barcelona - España).

Santa Rita de Casia, religiosa (†c. 1457 Casia - Italia).

Beato Matías de Arima, mártir (†1620). Catequista de Omura, Japón, torturado hasta la muerte por negarse a delatar a los misioneros.

23. Solemnidad de Pentecostés.

San Juan Bautista de Rossi, presbítero (†1764). Ejerció su ministerio en Roma, entre los pobres y los prisioneros, a los cuales consagró todos sus recursos y la mayor parte de su tiempo.

24. María Auxiliadora.

San Simeón Estilita el Joven, presbítero y anacoreta (†592). Vió largos años sobre una columna en el monte Admirable, Siria. Escribió diversos tratados sobre la vida ascética.

25. San Beda, el Venerable, presbítero y doctor de la Iglesia (†735 Jarrow - Inglaterra).

San Gregorio VII, Papa (†1085 Salerno - Italia).

Santa María Magdalena de Pazzi, virgen (†1607 Florencia - Italia).

San Aldelmo, obispo (†709). Abad del monasterio de Malmesbury que, célebre por la enseñanza de la doctrina, fue nombrado primer obispo de Sherborne, Inglaterra.

26. San Felipe Neri, presbítero (†1595 Roma).

Santa Mariana de Jesús de Paredes, virgen (†1645). Terciaria franciscana, se dedicó a ayudar a los pobres indígenas y a los negros de Quito, Ecuador.

27. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

San Agustín de Canterbury, obispo (†604/605 Canterbury - Inglaterra).

Santas Bárbara Kim y Bárbara Yi, mártires (†1839). Murieron

en una cárcel de Seúl durante la persecución en Corea. La primera era viuda y la otra una virgen de 15 años.

28. Beata María Bartolomea Bagnesi

, virgen (†1577). Terciaria de la Orden de la Penitencia de Santo Domingo, soportó durante cuarenta años con heroica paciencia los atroces sufrimientos de una grave enfermedad.

29. Beato Ricardo Thirkeld, presbítero y mártir (†1583). Ejecutado en York, durante el reinado de Isabel I de Inglaterra, por ejercer su ministerio sacerdotal y haber reconciliado a muchos con la Iglesia.

30. Solemnidad de la Santísima Trinidad.

San Fernando III, rey (†1252 Sevilla - España).

Santa Juana de Arco, virgen (†1431). Tras haber combatido valientemente en defensa de su patria, fue entregada en manos de los enemigos, condenada en un juicio injusto y quemada viva en la hoguera.

31. Visitación de la Virgen María.

San Félix (Jacobo Amoroso), religioso (†1787). Hermano lego del convento capuchino de Nicósia, Italia, admitido en la Orden tras diez años de insistencia.



Francisco Leceras

San Felipe Neri - Catedral de Santa María la Real, Pamplona (España)



Flor predilecta de Dios

Salomón fue reconocido por su sabiduría. El lirio, no obstante, excede en valor simbólico a este monarca porque remite a aquella que, habiéndose vaciado de sí misma, fue revestida de divinidad.

Hna. Leticia Gonçalves de Sousa, EP



Otro día de predicación del divino Maestro. En lo alto de un monte, cerca del lago Tiberíades, Jesús revela con palabras llenas de unción cómo deben ser sus verdaderos seguidores. Terminado el ser-

món, todos descienden maravillados.

En medio de la muchedumbre que caminaba, uno de los discípulos iba meditando acerca de lo que acababa de escuchar. Había una frase que le llamó especialmente la aten-

ción: «Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos» (Mt 6, 28-29).

Cuanto más reflexionaba sobre ella, con más fuerza surgía una pre-



gunta en su interior: «Entre las flores creadas, la única que recibe un elogio del Rabí es el lirio. ¿Por qué esa preferencia?».

* * *

Ejemplos sacados de la naturaleza son usados en numerosas ocasiones en la Sagrada Escritura para simbolizar realidades superiores, pues el mundo visible es imagen del propio Dios. Y cuando Él creó esa flor lo hizo atendiendo a altísimos objetivos, entre ellos el de representar la belleza y pureza de María Santísima.

«Como lirio entre los cardos es mi amada entre las doncellas» (Cant 2, 2). El número de pétalos de esta flor representa la triple relación de Nuestra Señora con la Santísima Trinidad: Ella es Hija predilecta del Padre, Madre amabilísima del Hijo y hermosa Esposa del Espíritu Santo.

La variedad de colores con que el divino Artífice ornó esta flor nos deja sin saber cuál de ellas posee mayor belleza. Así es como se presenta María: a medida que conocemos sus excelsas virtudes, no sabemos a cuál de ellas amar más.

¡El aroma del lirio es insuperable! ¡Su fragancia parece restaurar la inocencia! Ahora bien, la santidad de la Reina del universo es el perfume del Señor. Ella arrebata a los ángeles en caridad ardiente, revigora las fuerzas de los elegidos y penetra en los corazones más empedernidos.

Desde el principio Dios eligió a María para ser su Predilecta, su Esposa, su Reina. Hizo de su Inmaculado Corazón el arca donde están depositados dones y gracias excelentes. En Ella el Creador bajó a la tierra; y en Ella, del mismo modo, las criaturas suben al Cielo. En María se da la victoria sobre la serpiente proclamada en el Protoevangelio —«Ella te aplastará la cabeza» (Gén 3, 15)— y reafirmada en Fátima: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!».

Salomón fue reconocido por su sabiduría; los magnates de su época lo temían y honraban. El lirio, no obstante, excede en valor simbólico a este monarca porque remite a aquella que, habiéndose vaciado de sí misma, fue revestida de divinidad. El Apocalipsis trata de describir la grandeza de esta Dama cuando habla de: «una mujer

vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (12, 2).

* * *

Le quedaban al ardoroso discípulo pocas calles para llegar a su casa. De repente, sus ojos cayeron sobre cierta Señora de apariencia discreta y modesta, pero rebosante de distinción. ¡Era la Madre del Maestro! Sin esperárselo, la mirada de la noble Dama posó penetrante en aquel seguidor, volviendo claras las ideas que pasaban por su alma a lo largo del camino. A partir de ese momento, siempre tuvo su corazón puesto en María.

Hagamos como él. Si seguimos con fidelidad a nuestra bondosa Madre, veremos su Reino nacer como un lirio en medio del lodo contemporáneo, es decir, asistiremos al surgimiento de la era más hermosa de la Historia en el seno de una época de extremos horrores. Dios se inclinará sobre la tierra como abrazándola y los hombres se erguirán hasta tocar de algún modo el Cielo.

He aquí lo que Nuestra Señora desea concedernos si permanecemos fieles a su amor. ♦





La venida del Espíritu Santo
sobre la Virgen y los
Apóstoles - Iglesia de los
Servitas, Innsbruck (Austria)

Un alma hecha de amor

El Espíritu Santo es esencialmente amor. Su virginal Esposa, su «alter ego», para que fuera semejante a Él sólo podría tener su alma toda ella hecha de amor. El encuentro de esos dos amores engendró la gracia inédita que transformó a hombres pusilánimes en auténticos héroes de la fe.

La llama que se posó sobre cada apóstol representaba, en el fondo, la gracia a ellos concedida de la certeza de cuánto Dios y Nuestra Señora los amaban.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP